

Colección de
ESTUDIOS EXTREMEÑOS

TRES ESCRITORES EXTREMEÑOS

(MICAEL DE CARVAJAL, JOSÉ CASCALES MUÑOZ,
JOSÉ LOPEZ PRUDENCIO)

POR

FRANCISCO ELÍAS DE TEJADA

**CATEDRÁTICO EN LA UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA**

SECCIÓN DE
LITERATURA

Diputación Provincial de Cáceres
SERVICIOS CULTURALES

TRES ESCRITORES EXTREMEÑOS

(MICAEL DE CARVAJAL, JOSÉ CASCALES MUÑOZ Y JOSÉ LÓPEZ
PRUDENCIO)

COLECCION DE ESTUDIOS EXTREMEÑOS

TRES ESCRITORES EXTREMEÑOS

(MICAEL DE CARVAJAL, JOSÉ CASCALES MUÑOZ,
JOSÉ LÓPEZ PRUDENCIO)

por

FRANCISCO ELÍAS DE TEJADA

Catedrático en la Universidad de Salamanca



Diputación Provincial de Cáceres

Servicios Culturales

1950

PROLOGO

La cordialidad amiga de José Luis Cotallo me ha traído a agavillar en un volumen tres estudios sobre extremeños de diversa condición y época; de tal modo que en esta mi segunda aportación a la «Colección de Estudios Extremeños» se dan la mano la sincera calidad humana del placentino Micael de Carvajal, la exuberancia pintoresca y aguda de José Cascales y la docta maestría de José López Prudencio. Anudar de fechas con circunstancias dispares que llevará al lector desde las tablas de la farsa a los rincones de la historia pasando por la observación de la realidad social.

Cada uno de estos trabajos tiene localización para mis memorias. Lo que publico acerca de Micael de Carvajal fué una conferencia pronunciada en Plasencia el 22 de Marzo de 1950 a invitación de los esforzados y admirables hermanos del Seminario de Estudios Extremeños de aquella noble ciudad; el estudio sobre José Cascales hu be de

leerlo como comunicación a la Asamblea celebrada en Cáceres en Octubre de 1949; finalmente, la valoración de José López Prudencio fué materia que me ocupó en Badajoz el 18 de noviembre del propio año. De ahí que, en la geografía sentimental de mi extremeñismo apasionado, vengan a trazar el eje de un meridiano de amores que salta desde el Jerte hasta el Guadiana por encima de la Cáceres de los palacios hoscos.

Por eso las palabras dichas en esas tres coyunturas se hallan empavesadas de historia, navíos de amor en ruta de emociones ancladas en el terruño querido. Cuando las releo antes de darlas a la imprenta noto que este mi amor por la Extremadura madre es uno de esos magnos amores imposibles no necesitados de recompensa alguna, capaces de todo sin reclamar nada a trueque, ahitos de esperanza en un más allá que no verán los ojos de la carne.

En la Extremadura ideal de mis ensueños hay plaza para todo, hasta para la burla de mis coterráneos o para la sonrisa compasiva de mis amigos. Pero no me importa. Los pueblos siguen andando por el tiempo y yo sé, aunque no lo crean quienes

me leyesen y aunque mis miradas no se claven jamás en el amanecer de mis ensueños, que volverá a ser la reciedumbre nuestra sementera de hazañas y holocausto de heroicidades en una ocasión que adivino próxima con intuición de enamorado ciego.

Entonces las sonrisas que abran paso a las páginas de este libro se cerrarán sepultadas en el abismo del ayer, mientras mis frases repercutirán en las voces de los extremeños del mañana.

Salamanca y mayo 1950.

MICHAEL DE CARVAJAL

Conferencia pronunciada en Plasencia el 22 de Marzo
de 1950

- 1.—La Extremadura del Renacimiento.
- 2.—Orígenes extremeños del teatro español.
- 3.—Carlos de Gante, rey de Extremadura.
- 4.—Miguel de Carvajal.
- 5.—Extremeño y antiluterano.
- 6.—Moralismo católico de sinceridad extremeña.
- 7.—Filosofía apasionada de la historia.
- 8.—El tema de la hidalguía.
- 9.—Un sediento de inmortalidad.
- 10.—Otra vez la Atenas extremeña.

I

SEÑORES:

Yo no sé si fué azaroso juego del destino antiguo o providencia del Dios de nuestros padres, pero lo cierto es que hay un determinado momento de la historia del mundo en el cual la tinta que rubrica los hechos de la fama es tinta roja de sangre española. Por los cuatro rincones del planeta ajetrea el bullicio heroico de los tercios o la audacia insuperable de los descubridores; por las escalas enrevesadas y difíciles de la teología trepan legiones de entendedores seguros del dogma cristiano; rie en los poetas la gracia italiana inserta en la savia incomparable de lo castellano; la vida es nuestra sierva, manejamos el timón de la nave donde bogan los humanos y hasta parece que el universo entero es mero pedestal para la estatua de nuestro señorío hidalgo. ¡Dichosa edad aquélla, dorada de musas y pletórica de afanes, en la cual la locura fué sabiduría, el sueño alado trocóse verdad cierta, la genialidad vino a uso diario

y el amor ascendió hasta las nubes angélicas del éxtasis! Ciertamente que si hoy somos algo en cuanto parcelas de la universal historia es por lo que tenemos de polvo de los caminos andados en aquella edad sobre todas indecible.

Es un sentir optimista el que invade nuestro ánimo de españoles al calentarnos hoy, en tiempos tan distintos, al rescoldo del fuego encendido en aquella edad sin nombre bastante de adjetivo elogiador. Optimismo de españoles que habrá de acrescentarse apenas le añadamos la consideración de nuestra estirpe de extremeños.

Porque, señores, da la coincidencia de que los nombres señeros de la gesta o nacieron por estas tierras o por aquí pasaron con conciencia de permanecer. En la alegría luminosa que hincha las velas audaces del renacimiento español durante la primera mitad del siglo XVI, y que tan alejada se halla de aquella rigidez engolada y de ropilla negra que acaba por imponerse bajo el segundo de los Felipes, encontró el genio nuestro, alegre y bullicioso, mujeriego y audaz, generoso y vibrante, la máxima oportunidad que pudiera concebir.

La audacia de Cortés o el heroísmo de Pizarro son meros contrapiés a la desenvoltura de Bartolomé de Torres Naharro o a los en-

trometidos versos de Garcí Sánchez de Badajoz. Común a todos era aquel desenfado en las maneras, aquel desembarazo en el obrar, aquel decidir las cosas con superior gesto estoico de héroes o poetas menospreciadores de la magnitud de su propia obra. Tal vez, señores, radique también aquí el secreto de la permanencia de su estela en la memoria de los hombres: en que supieron bordear la tragedia o la amargura sin preocuparse por ello, como si el labrar fábricas imperecederas fuese mero juego de apuesta a la fortuna en lugar de hazaña cargada de magnitudes seculares.

Recordad aquellos versos del capitán Guzmán en la *Soldadesca* de Torres Naharro, a la jornada tercera:

«Pues hermanos y señores
ya sabéis syn que os lo diga
que se ganan los onores
con grandissima fatiga
de manera
que obligado cualquiera
y con todo su poder
a seguir tras su vandera
hasta morir o vencer.
Mayormente
nosotros entre otra gente
con rrazon más señalada

por no perder al presente
la fama de antes ganada,
pues hagamos
de modo que no perdamos
lo que los nuestros ganaron
sino que antes lo crezcamos
sudando como sudaron,
que del resto
ya yo quiero y he propuesto
que a los buenos y a los nobles
se les den como es onesto,
sus moços y pagas dobles
despues van
el mi sota capitan
alferez y canciller
los cabos, y el capellan
un sargento, y furrier,
y aun siquiera
diez companios de vandera
pifano y los atambores
y aun la enseña toda entera
pagaré con mis sudores
y aun no sé
de qué modo cumpliré
con otras personas ciertas
porque creo en buena fe
de no aver las pagas muertas
y aun la mía:
la dilatan al presente
porque ayunen algun día

mis cavallos y mi gente,
mas andar
yo tengo de contentar
las personas singulares
aunque lo sepa rrobar
de encima de los altares».

Con semejante espíritu de desatados bríos indomables, con aquella su religiosidad a un tiempo austera y picaresca, expresión cabal a la par del genio extremeño y del ambiente renacentista, moldearon avances cardinales en el giro de la historia total de las Españas. Yo no voy a repetiros aquí la audacia filosófica de Francisco Sánchez el de las Brozas, ni a reconstituir la quema de las naves que ordenó Hernán Cortés el de Medellín. Me voy a limitar a recordaros cómo en esta franja que va desde Salamanca hasta Fregenal brotaron las primeras chispas del genio dramático de la raza.

II

Porque de esta tierra nuestra, frontera con Portugal y auténtico corazón de las Españas; de estas parameras reseca bajo el manto triunfal de los redondos encinares; de estas piedras sobrias y endurecidas por el viento que silba y por el sol que quema; de esos

prados donde sestean totémicos toros y bulle la sementera en verdes polícromías primaverales; de toda esta comarca a la vez exquisita y contrastada, sobria y nutricia, extremada en la huerta y en la estepa, rica y pobre, hidalga y socarrona, sembrada de viejas ciudades y a pesar de ello rural en sus maneras, surgió el teatro español en aquella hora en que comenzaba a desnudarse de las áureas invocaciones de los misterios medievales para vestirse con las galas de las comedias de capa y espada, ceñirse las picardías de las tramas de enredo o endiosarse en la pompa sublime del auto sacramental.

De origen leonés son las palabras que utiliza Gil Vicente, aquel a quien tocó la suerte de inaugurar el teatro portugués en los dos idiomas castellano y luso echando mano de tantos leonesismos como ha puesto recientemente de relieve el profesor Dámaso Alonso; salmantino fué Juan de la Encina, aquel que perfeccionó los elementos sueltos de origen popular y fué padre del teatro español por los mismos días de la toma de Granada, de creer al bien informado Agustín de Rojas en la *Loa a la comedia* de su *Viaje entretenido*; a orillas del Tormes nació Lucas Fernández, que empareja con Juan de la Encina los lauros de iniciador de nuestro teatro; y ya más propiamente extremeños, esto es, más nues-

tros en la comunidad de nuestra tierra y en la comunidad de nuestra carne espiritual, Bartolomé Torres Naharro supera el artificio de las églogas y de las farsas y, Boscán del teatro, bebe en Italia las novedades dramáticas sin mengua de su cuño recio de extremeño sin torcer; a la misma coyuntura en que Vasco Díaz Tanco el de Fregenal entenebrece la escena, privado de la gracia tersa del de la Torre de Miguel Sexmero, pero en un estilo que sin duda hubo de suponer el más directo anticipo de los oropeles del teatro calderoniano y en el mismo tiempo en que Garci Sánchez el de Badajoz recopila en metro con tildes de bachiller letrado la gama polifónica de unas rimas que son la escala dorada y leve por la que descienden a los tablados de la farsa personajes bíblicos que encubren escabrosas aventuras, cual la de la viuda Tamar con su suegro Judas o encomios burlescos del oficio de herrería y consideraciones acerca de la fortuna, en apretada antología de la cultura española de los primeros años del siglo XVI; y, finalmente, también en la misma época en que la estirpe de los conquistadores de la morisca Ambroz reverdece en el brote de aquel hijo de Hernando de Carvajal «el de la puerta de Berrozana», que constituye el tema de mi charla de esta noche.

III

No sé si se criticará la afirmación que voy a hacer, tachándola de explosión de orgullo extremeñista, pero quisiera que quienes la escuchasen la recibiesen en idéntico tono de humildad sencilla con que yo la formulo.

Es la siguiente: si, como he dicho en otra parte, Felipe II viene a ser la retribución de Villalar y representa la encarnación cabal de las austeridades castellanas, Carlos V es el hombre que recoge el brío genial de Extremadura. Felipe II fué el prototipo del rey castellano, intransigente hasta el fanatismo, adusto hasta lo hermético, dueño de sí mismo hasta lo estoico, enamorado paladín de una idea imposible ni más ni menos que su legítimo hermano don Quijote; al paso que Carlos V viene desde Flandes para poseer toda su vida el sentido alegre y juvenil, andariego y afanoso, de los conquistadores. A los versos del capitán Guzmán en la *Soldadesca de Torres Naharro* corresponden las jornadas del saco de Roma; a sus campañas de Argel o de Alemania, con indomable capacidad andariega, la indomable capacidad andariega de los conquistadores; Bárbara de Blomberg es la hermana de doña Marina; sus pecados y sus virtudes dan en los típicamente extremeños. Por su tempero espiritual ya

que no por su nacimiento, por su universalismo sin mengua de su ardoroso riesgo individualista, por todos sus pecados y por todas sus virtudes, Carlos de Gante es, más que emperador de Alemania, el único e incomparable gran rey de Extremadura.

¡Ah, señores! No fué azar de la fortuna el que le trajo a morir, ya viejo y gastado, a estos campos próximos de Yuste. Su cansancio es el de nuestro pueblo. Cuando se retira de la escena política porque a la hora de los arrebatos heroicos ha sucedido la de los planteamientos calculistas, Extremadura se retira del orbe americano porque también pasó la oportunidad para la creación individual y heroica. Su agotamiento corresponde al agotamiento de Extremadura, su destiempo a nuestro destiempo. Su hora fué la nuestra en tanto grado que al enterrarse en vida en la floresta de Yuste dió un símbolo del enterramiento histórico de nuestra patria extremeña.

IV

Por eso cuando al hablar en Plasencia de uno de los hijos de Plasencia, hallo que éste vivió bajo el cetro del grande Carlos, siento el estremecimiento angustioso de la raza rota palpitando bajo las palabras aparentemente

desligadas del contorno, que constituyen las rimas de la tragedia *Josefina* o las estrofas de *Las cortes de la muerte*. Al averiguar el extremeñismo de Miguel de Carvajal, rebuscando la savia de sus osados y vivísimos versos bajo la fronda extremada de tantos hueros decires de argumento bíblico, hube de comenzar por dibujar los contornos que le enmarcan. Y es el primero el signo de su vida política: la estampa de aquel señor de rubia barba y mentón prominente que vino desde las llanas tierras de Flandes a dar en el airón supremo de nuestra Extremadura.

Cuando Carlos nacía nació más o menos Miguel de Carvajal de acomodada cuna; y vino al mundo con idéntico gesto errabundo y aventurero al de tantos paisanos de la época. Si no pasa a Indias, recorre Europa. Si no precisa levantar nuevas fortunas, gasta y gasta los fondos de la propia. Con aquel espíritu arrojadizo y sin posturas, salta por la vida de año en año en inquietudes sin final hasta morir en 1578, veinte años después del grande rey de Extremadura, tras haber podido servir de modelo al hijo pródigo que retrató en las tablas Luis de Miranda, según la sagaz observación del eruditísimo Vicente Paredes (*Miguel de Carvajal, el trágico*, en la *Revista de Extremadura*, VI (noviembre 1899), 368).

Vida misteriosa en grande parte para nosotros, que apenas si la podemos evocar en el silencio de la Plasencia de hoy, al apoyo de esos palacios que, como los de Mirabel y la casa de las Dos Torres, se desafían todavía de torreón a torreón enhiesto, hundida el alma en la monótona vaguedad de los pasos que cortan la eterna canción muda de esas callejas vuestras, donde parece que cada rincón guarda un secreto y donde cada piedra constituye signo de misterios impalpables.

V

Lo que delatan los escritos que de Miguel de Carvajal quedan es ese estilo ardiente al par que desenfadado del emperador y del extremeño. Es curioso cómo la gente nuestra no admitió nunca aquella nueva formulación del pecado que se inicia en el siglo XVI. Los extremeños fuimos, aunque parezca extraño lo que digo, hombres de término medio más que de Contrarreforma barroca, hombres de llano ver sin exageraciones externas. Porque el luteranismo pedía una interiorización de la fé y reducía a la fé el íntegro esquema de la conducta humana, la contrarreforma vióse arrastrada por ley ineludible de circunstancias a subrayar el lado externo de la religiosidad, cabalmente porque era lo que el lute-

ranismo suprimía. De ahí viene el aparato forzado, y hasta en ocasiones hipócrita, de la religiosidad hispana del 1600, al cual nuestro tempero extremeño repugnaba y al que fuimos ajenos en nuestros grandes días de la primera mitad del siglo XVI.

Nosotros supimos siempre que hay un orden en la jerarquía del pecado y que todos los pecados capitales son iguales; nosotros, que tenemos por característica suprema la de ser demasíadamente humanos, no caímos en centrar la moral alrededor del sexto mandamiento; nosotros, que asistimos a las batallas de Carlos contra Martín Lutero, sabíamos perfectamente que el heresiarca no cayó por una falta de la carne, sino víctima de un rayo de orgullo; lo mismo que sabíamos que Satanás no vino a dar en los abismos por cuerpo de mujer, sino por rebeldía soberbia ante el Señor. Es que el desenfadado extremeño ante la vida sabía una verdad que en el 1600 como hoy mismo se olvida más de lo que debiera olvidarse: que los pecados máximos son los pecados contra Dios.

Por eso Miguel de Carvajal hace decir en su *Tragedia Josefina* a uno de los hermanos de José, a Judas,

«que no conviene adorar
a otro que a Dios no sea» (versos 239-240).

Que era salvar la libertad humana frente a la turba de carismáticos iluminados que el protestantismo desató en guisa de profetas, frente a los reyes ungidos por la soberbia de elegidos por Dios como lo será un Jacobo de Inglaterra y contra los que se creían enviados de lo alto como un Tomás Münzer. La profundísima intención política de nuestro paisano, la manera en que baja desde la narración de remotos acontecimientos bíblicos hasta la cercana realidad política, está declarada en las palabras siguientes de Aser:

«Y a qualquier que presumiere
de mandarme y ser señor
aunque sea hermano mayor
le mataré si pudiere» (versos 241-444).

Señores, ¡cuán profunda y españolísima fuerza política anida en esos versos, que muchos han pasado por alto sin fijeza! Está ahí nada menos que la raíz de toda la historia política española. Cuando al recodo del 1600 Juan de Mariana fulmine sus argumentos teológicos en pro del tiranicidio o cuando su hermano de hábito Francisco Suárez restaure en la *Defensio fidei* la auténtica exactitud de la doctrina nuestra acerca del origen del poder político como transmitido al príncipe, no inmediata y carismáticamente por Dios,

sino a través de la comunidad constituída en cuerpo místico, no harán sino repetir con vuelos doctorales esta sencilla verdad que Miguel de Carvajal hizo vocear a sus cómicos de farsa en los tablados, gallardete de la tradición impar de las Españas verdaderas.

Es que, si bien miráis, por debajo de la aparente lejanía que a primera vista presenta la producción de Miguel de Carvajal palpita una obsesión, que fué la misma obsesión del emperador Carlos: combatir a la herejía protestante.

Recordad cómo Satanás hace elogios de Lutero en *Las cortes de la muerte*, iniciadas por el placentino y completadas, cuando las agrandó el estilo Luis Hurtado de Toledo. Dice Satán al de Eisemberg:

«Este es el que nos ha hecho
la barba, y ha de hacer,
y el que nos da gran provecho.
Estoy dél tan satisfecho
que no lo puedes creer,

.....

Hacémosle cortesía
con Mahoma y sus iguales,
y así tiene monarquía
en el infierno y valía
por sus letras infernales» (escena tercera)

Verdad es que no se puede pedir que la carátula cuente profundidades teológicas, por más que los escritos de Miguel de Carvajal están asentados sobre cimientos de teología, a fuer de hombre que en la carta del autor al marqués de Astorga se jacta de haber cursado estudios filosóficos y escriturarios (Edición de Joseph E. Gillet. Macón, Les presses universitaires de France, 1932, Página 2). Lo que cabía en su caso era presentar delante de las gentes sencillas que en las esquinas de las plazas contemplaban el desfile figurado del grande teatro del mundo, a un fraile aliado del demonio y enemigo del orden hispano de las cosas. Si hasta el retiro de Yuste llegó alguna vez compañía de cómicos y Carlos de Gante se asomó a contemplar la farsa, estoy seguro que en los decires del placentino hermano encontró un criterio para sus recuerdos, del mismo modo que en la casa de Alba tan vecina halló uno de sus mejores adalides contra el protestantismo.

Soldado de la fé, Miguel de Carvajal ha paseado Europa entera con afanes de curioso y gestos de luchador. Ingenuamente se ha de jactar de ello en el «Prólogo» de la *Josephina* (página 6), acumulando voces francesas, alemanas e italianas en jerga que tendía a asombrar a sus vecinos. Y que no se trataba de un ardid falso, sino que respondía a la realidad

de sus viajes, dícelo el hecho de que en diversas ocasiones su puro castellano se deje penetrar de galicismos e italianismos, como en la ocasión en que Rubén dice de José que va a tirarlo «vía» (verso 820).

Es que Miguel de Carvajal se asomó a Europa, sin menguas de su condición hispanísima. Bien entendido que fué a Europa para dominarla, no para dejarse vencer por las gentes de más allá del Pirineo. Acopia giros y vocablos, que son forma, del mismo modo que Boscán y que Garcilaso trajeron de Italia las formas endecasílabas; pero no para cegarse con ellas, sino para utilizarlas al servicio de sus empeños y de sus sentimientos. Lo que de europeo haya en Miguel de Carvajal son las palabras italianas que puedan deslizarse en sus decires; pero en lo demás estuvo siempre manteniendo actitudes hostiles, sobre todo contra aquellos brotes heréticos que un agustino sajón hacía resonar en las espesuras más tupidas de las selvas alemanas.

VI

De ahí el rigor místico que entrañan las meditaciones de nuestro paisano en *Las cortes de la muerte*. La obra entera semeja una diatriba reformadora, pero en el fondo está mucho más cerca de la austeridad de un Cis-

neros que de la furia demoledora de un Lutero; antes es la vacuna indispensable para prevenir la peste del luteranismo.

Desfila el abigarrado cortejo, después de que cada son de trompeta anuncia en la escena la aparición de nuevos personajes. Y la sátira dura se enfrasca en términos violentísimos, con aquel desenfadado desparpajo que bautiza lo extremeño en contraste con la rigidez hierática de los Felipes y que es el poster eco de la alegre carátula de la ironía medieval.

Llega, por ejemplo, el Obispo y entabla el siguiente diálogo con la Muerte:

«*Muerte.* Por ventura, reverendo,
¿sois perlado?

Obispo. Sí, señora.

Muerte. Sin duda que no os entiendo:
paresce venís haciendo
burla del habito agora.
Decid ¿no os avergonzáis
de parecer ante mí,
hecho monstruo como andáis?
¡Y por ventura rezáis
en ese traje y ansí!
Contadme qué imperficción
y variedad es aquesta;
así ternéis a razón
la vivienda y corazón,

como aquí se manifiesta;
vuestro puñalico al lado,
el roquete tan vistoso,
el gordalino labrado...
Pues ¿la barba? De un soldado
es más que de religioso.»

Y así desfilan el rico que hace de su fortuna motivo de placeres; los ladrones Broncano y Milón que topan con falsos «frailes bigardones» para poner de relieve las bellaquerías de estos santurrones pordioseros; las monjas, encerradas de mozuelas tras las rejas conventuales y mal avenidas con su santo oficio de rezar; el casado, acosado por los malos vicios y por el apetito de lujo de sus mujeres; las viudas, encerradas en la cárcel de la murmuración ajena; los jueces, sujetos al cohecho y al engaño; los letrados, parapetando sus falsías tras montañas de alegaciones de Bartolo y de Baldo; los labradores, a un tiempo esquilados y ociosos; los rufianes, como Durandarte y Pide de Hierro, jugando a balandronadas para aterrorizar a sus amantes; las mundanas, representadas en la figura de aquella que donosamente nombra Beatriz Calada de Todos; la filosofía, encarnada en las estampas de los viejos cantadores de la alegría y de la tristeza, de Demócrito y de Heráclito; los indios america-

nos, quejosos del trato de los conquistadores; los judíos, huidos a Berbería tras la expulsión por los Reyes Católicos y aferrados a sus esperanzas mesiánicas; el portugués, quien se expresa en su idioma y que aparece como era de esperar para proclamar anda muriéndose de amores tristes y reclamando una viola con la que saciar el ansia de comunicar a los demás sus penas sentimentales; en una palabra, el retablo vivo de la España de entonces, mística y sensual, pecadora y creyente, capaz de regenerarse por lo que no fué luterana y capaz de pecar por lo que de humanal tenía.

Quien lea estas *Cortes* verá pasar delante de sus ojos el desfile de la primera picaresca. Pero de una picaresca total y abierta, que no necesita refugiarse todavía en las maneras truhanescas del Lazarillo salmantino, ni tampoco alardear de vicios con malas intenciones lindantes a lo Erasmo con la herejía.

VII

Y debajo de ella, al socaire de la turbamulta de personajes varios, toda una filosofía de la historia. Ya en la *Josefina* la historia maravillosa del hombre vendido por sus hermanos y ensalzado por Dios, le diera pié firme para detenerse delante de la trama de los su-

cederes y considerar la mano divina rigiendo el curso de las cosas. Es la visión teocéntrica de la historia, más pagada de admiraciones que de comprensión, que canta el coro al final de la Parte tercera:

«O juyzios soberanos
veys joseph el soñador
ya es gran rey ya es gran señor
por odio de sus hermanos
tan locos que con sus manos
oy se han sacado los ojos
contra dios tomays enojos
pues oyd quanto son vanos» (versos 3007-3014)

La miseria de la pequeñez humanal delante de la omnipotencia divina se transparenta igualmente en *Las cortes de la muerte* cuando ésta, enviada por Dios, va truncando todas las ambiciones y todos los brillos, todas las alegrías y todos los anhelos, todos los dolores y todas las injusticias.

Es la filosofía de la historia de un creyente que combatió con la pluma y con la espada por el Dios de su pueblo y que en el poder de ese Dios de los suyos cifra las tranquilidades de su espíritu y el reposo final de su conciencia.

No en balde a lo largo de los diálogos de *Las cortes de la muerte* aparece una y otra

vez la figura cumbre de Aurelio Agustín, aquél el más humano de los santos todos que bien mereció nacer en Extremadura por la grandeza extremada de su temperamento apasionado, tan grande para el pecado primero como después fué grande para la virtud. Sus intervenciones marcan siempre la opinión del autor de la pieza y su figura aparece aureolada con todos los símbolos más expresivos, encarnación viva de Miguel de Carvajal.

Es que Agustín de Hipona sabe ser extremado y sabe también ascender desde la carne hasta la gloria, subiendo las escalas del vencimiento para saltar desde el abismo del pecado a las cumbres luminosas de Dios.

VIII

Era en definitiva un planteamiento de hidalgos, e hidalgo fué sobre todo Miguel de Carvajal. Por eso se enamora de la fama y ve en la fama la posibilidad de superar la muerte. Con la fama y la honra detrás, el hombre desafía al fenecer, porque sigue vivo en la permanencia de su gloria hidalga.

«Gran trabajo es el morir
si no queda acá la fama»

cuenta la canción final de *Las cortes de la muerte*.

Y, a la respectiva, quedando acá la fama, no importa ya morir. En sus obras objetivadas como legado a quienes les sucedieren, el hombre se inmortaliza. Asistimos aquí a la solución creyente, hidalga, extremeña y humanísima de aquel dogal de angustia que atenazó de pesares a Miguel de Unamuno. A la católica, Miguel de Carvajal supo resolver lo que la neblina de la duda decimonónica ocultó a su homónimo el Rector de Salamanca: hallar el modo de eternizarse y de exceder a las limitaciones mojoneras de la finitud de una vida transitoria.

Proceder y solución de hidalgo que contrasta con su pintura del finchado portugués que sale a escena en la mitad de la vigésima de *Las cortes de la muerte*. Si Miguel de Carvajal no fuera hombre de la raya portuguesa por constancia de los datos documentales, lo sería por su manera de juzgar a los vecinos de occidente. Aquel aparatoso gusto por lo magno que en Portugal resulta de un complejo colectivo de gentes que, estrechadas entre la vecindad poderosa de Castilla y el cinturón tenebroso de un Atlántico cuajado de terroríficas leyendas, rebota en esta escena incomparable que más parece burla de vecino que paso de comedia, digna de ser contada como anécdota chistosa al final de una tertulia de amigos.

Entra el portugués y como primera afirmación se elogia a sí mismo por el mejor cantor y tocador de viola del universo:

«¡Voto a Deus! nan se achara
inda que fora a buscar
aquen e alen do mar
ome que millor cantara».

Vienen a saludarle los judíos y entonces su habilidad suprema en la música se trueca sin más en conocimiento profundo de la sabiduría talmúdica:

«Decí, judeos, decí.
Que aunque fostes desterrados
de la miña terra así,
aunque yo non so rabí
vos dejaré concertados».

Pero no basta. Donde la ironía de Miguel de Carvajal sube a las cimas es cuando el portugués, jactancioso a fuer de portugués, se encara a dialogar con la Muerte. Para él, la muerte existe simplemente porque él, como portugués, se lo tolera; si el portugués quisiese, la muerte no existiría:

«¿Qué facéis cá, carantoña?
¿Sois vos a que pregonastes

as cortes? Decí, pecoña.
 E vos, ¿non teneis vergoña?
 ¡Oh! ¡Muyto hora má os sentastes!
 ¡Voto a Deos! Si vos achara
 ao tempo que oví o pregon,
 ollay cá, que vos tomara
 assí, assí, que os pisara
 as tripas e o corazon».

Y como la muerte proclame tener poder otorgado por Dios mismo para acabar con los hombres, es tanto el brío del portugués que sostiene que si los reyes de Portugal murieron fué solamente porque quisieron morir hartos del mundo, mas no porque la muerte fuera bastante poderosa a matarlos contra su voluntad:

«Que nos reys que en el reynaron
 eses quisieron morrer,
 que de o mundo se enfadaron,
 e depois cuando acabaron
 fó muyto por su pracer.
 Que no e vosa forza tal
 que ossasedes emprender
 en el rey de Portugal,
 ques seu poder tan real
 quale vos dará a entender».

La sonrisa burlona que acometería a los espectadores de la farsa en la ocasión de

aquella burlesca parodia del exagerado orgullo lusitano, constituye el mejor comentario a la finísima ironía con que el placentino quiso mostrar que era tan ducho en manejar la lanza contra los herejes como el pincel de la caricatura contra el hermano amigo, objeto de sus burlas.

La superioridad del hidalgo de frontera pone en esas palabras un gesto de superioridad fraterna que todavía vale por ejemplo de una actitud que sigue viviendo quizás en muchos de quienes me escucháis.

IX

Si quisiera resumir en una palabra la actitud espiritual de Miguel de Carvajal diría que es un hambriento de inmortalidad. En aquellos años de agitado curso de las cosas, entonces cuando los sucesos se enroscaban en la rueda de los días con vértigo fantástico de apresuramientos, él no pierde el sentido de lo eterno aun encontrándose inmerso en medio del ululante torbellino de los hechos. El que no fuese persona vulgar en sentido superior al de la sangre heredada, como asevera Narciso Alonso Cortés (*Artículos histórico-literarios*, Valladolid, Imprenta Castellana, 1935, pág. 117), aquella «indisciplina» que encontraba en la *Josefina* José López Pru-

dencio (*El genio literario de Extremadura. Apuntes de literatura regional*. Badajoz, Vicente Rodríguez, 1912. Página 73), y aquella condición de hombre de pasiones fuertes que le asignaba Joseph E. Guillet al calificarle de «a man of strong passions» (*Introduction* a la edición de la *Josephina* de 1932, página XV), se dan las manos con su apasionante hambre de fama; no ya por la fama en sí misma, sino porque la fama honrada es la llave que abre las puertas de la inmortalidad y para él—como para Unamuno—la inmortalidad es la ambición suprema del vivir.

Recordad sus palabras al marqués de Astorga en justificación de haber compuesto la *Josephina*: «Y pues mi principal intento fué, muy illustre señor, servir a V. S. y no passar la vida en silencio como las bestias que naturaleza formó inclinadas a obedecer a la sensualidad y apetito del vientre, quise dexar alguna cosa texida de mis manos que con la sombra y amparo de V. S. sin verguença saliesse, no porque por ella piense ni meresca alcanzar gloria ni fama: mas por diferenciar-me de los brutos como tengo dicho».

Sed de inmortalidad que promueve la sed de fama honrada; sed de fama honrada que aspira a lograr con el empleo de su personal esfuerzo. Ese es el esquema hidalgo de la vida, que Miguel de Carvajal, el placentino

«de la puerta de Berrozana», hace suyo como lema de su ansia noble, cristiana y extremeñísima.

X

Con aquel delicioso y rebuscado aparato barroco que le caracteriza, dijo el dominico fray Alonso Fernández al historiar la ciudad y obispado de Plasencia, que a orillas del Jerte se hallaban los Campos Elíseos donde la paganía antigua colocó la sacra morada de los dioses felices. Con toda seriedad escribe que «la Vera y Valle son de los sitios mas deleitables, amenos y fértiles que ay en España, y aun en Europa y Assia. Y si los Griegos creyeron que estauan en España los Campos Elíseos, habitacion de los Dioses, y premio de los varones justos, a ninguna tierra se podian atribuir con mayor fundamento, que a la Vera y Valle de Plasencia» (*Historia y anales de la ciudad y obispado de Plasencia*. Madrid, Iuan Goncalvez, 1627.—Página 18 a).

Cuando, tres siglos después, yo vine aquí por vez primera, y eso que llegué en la aspe-reza más cruda del invierno, casi pude formular el mismo juicio, máxime cuando a los encantos del paisaje y a la imponente magnitud que la historia guardaba al amparo de tan-

tos venerables muros, se agregó el hallazgo de haber tropezado aquí con el más granado y más fecundo de cuantos planteles culturales existen en la Extremadura de hoy. Otra vez vuelve Plasencia a ser la Atenas extremeña.

Y por eso quiero sean mis últimas palabras, amigos todos que me escucháis, para recoger ese tremante empuje de empeños culturales que os conmueve y para felicitaros con toda mi alma, expresándoos mi gratitud como estudioso y como extremeño. Seguid vuestro camino impávidos y laboriosos, ya que conseguísteis ser la vanguardia del renacer a que asistimos. El día de mañana, cuando ya nosotros no vivamos, estad seguros vendrán otros hombres a historiar estos años tan difíciles; y entonces tened la certidumbre de que vuestros nombres, dignos hoy de tanta mayor fama, se verán nimbados de aquella aureola hidalga que fué palanca motriz de vuestro paisano Miguel de Carvajal. En aquel tiempo venidero y por lo que ya hacéis ahora, conseguiréis saciar vuestra hambre de inmortalidad.

Dios os pague entonces, con trompetas inauditas, el dolor de los silencios que os rodean ahora.

Y nada más.

JOSE CASCALES MUÑOZ, SOCIOLOGO EXTREMEÑO DEL 98

Comunicación presentada a la II Asamblea de Estudios
Extremeños.—Cáceres, 1949

- 1.—El personaje y las obras.
- 2.—Contenido de su Sociología.
- 3.—Filosofía de la crisis liberal.
- 4.—La negación socialista del liberalismo.
- 5.—La negación tradicionalista del liberalismo.
- 6.—La solución: un gremialismo apolítico.
- 7.—Juicio crítico.

I

En la paciente labor de búsqueda que es, en definitiva, la indagación científica, encuéntrase a las veces nombres que no alcanzaron los pínáculos de la fama, ni siquiera merecieron una honrosa mención de relieve entre los de su generación; pero que, sin embargo, son dignos de posterior memoria, por cuanto acertaron a colocar acentos de novedad en el gris contorno que les tocó vivir. Son gentes a las que únicamente es dable acercarse con cariñosa evocación de erudito impenitente; pero cuyo comercio de lectura compensa con creces los ratos gastados en catalogar y valorar sus actos u opiniones. Es posible que alguno de esos seres, que pasan por la vida haciendo tabla rasa de todo aquello que no alcanzaron con sus manos, hallen tiempo perdido éste que se ocupó en averiguar figuras de relieve semejante; mas los que tenemos consciencia plena de que el pasado histórico no es simple cadena de montañas, empero también valles regados

por ríos de arrastre múltiple, consideramos hasta necesario no olvidar estos seres menores, que, en la modestia de su medianía, hicieron suyos pensamientos razonables o fecundos.

Uno de esos hombres es José Cascales y Muñoz, venido al mundo en Villafranca de los Barros el 28 de octubre de 1865. Los detalles de su biografía acusan el tono medio, pero nunca mediocre, de una personalidad que, si carece de brillos, es rica en interés para el curioso de las letras. Estudiante en Badajoz y en Sevilla, mal estudiante, poco apegado a los libros, no alcanza el grado de Bachiller hasta cumplir los veinte años, licenciándose en Filosofía y Letras por la Universidad de Sevilla el 18 de noviembre de 1889. Vuelto a su pueblo natal en esta fecha, permanece allí ocho años, apenas cortados por un rápido viaje a Madrid para examinarse de las asignaturas del doctorado. En 1897, Alberto Aguilera le otorga un destino en el negociado de la Prensa del Gobierno Civil, con carácter interino, que adquiere arraigo cuatro años después, cuando su buen amigo, el general Weyler, le proporciona un puesto permanente en la plantilla del Ministerio de Instrucción Pública.

Aprovecha esos años para acumular concesiones honoríficas y para escribir en los

periódicos. El 12 de diciembre de 1898 se doctora en Filosofía y Letras, consiguiendo el propio año la consideración de correspondiente de la Real Academia de la Historia, y en 1902, el nombramiento de cronista de Extremadura. A la par no da de mano a la colaboración de la Prensa, siguiendo una vocación ya sentida desde sus años de estudiante, cuando en 1883 comenzó a emborronar cuartillas para el semanario sevillano «El Hispalense»; son numerosos los diarios nacionales y extranjeros en que puso su firma: «El cronista», «El posibilista», «El mundo obrero», «El Comercio de Andalucía», «La Andalucía» y «El Noticiero sevillano», a las orillas del Betis; «El Imparcial», «El Nuevo Mundo», «La España moderna» y otros, de la corte; «Le monde libre» y la «Revue hispanique», en Francia; hasta la «Essener Allgemeine Zeitung» y el «Berliner Tageblatt», más allá del Rhin.

Por finales de siglo era un hombre de ojos grandes, hasta desorbitados, afeitada la barba, con entradas de pelo inicio de calvicie precoz, bigotes retorcidos hacia arriba; en el retrato que sirve de contraportada a su libro «Sevilla intelectual» (1), editado en 1896, se le contempla de tal guisa, enmarcado en toga

(1) José Cascales Muñoz (Mathéfilo): «Sevilla intelectual. Sus escritores y artistas contemporáneos. Setenta y cinco biografías de los mejores ingenios hispalenses y un apéndice con estudios bibliográficos y

académica y ceñida al cuello corbata de plasión, a un cuello alto y duro, a la moda de la época.

Su actividad intelectual fué polifacética, abarcando los campos más diversos. Aparte de sus tareas de sociólogo, a las que luego me referiré en especial, tocó los asuntos más dispares. Como arqueólogo, descubrió y describió en 1888 un túmulo prehistórico existente en Canillas del Serrano, finca que su padre poseía en el término de Guillena, amén de componer una descripción vulgarizadora de la vida social y de la ordenación política del antiguo Egipto (2). Como poeta, sacó un libro de versos bajo el título de «Los primeros frutos de mi huerta» (3), a los que, con toda justicia, él propio calificó de muy malos. En cuanto crítico literario, redactó un manojito de libros de valía, entre ellos una historia de la cuerda granadina (4), una depuración de los versos pornográficos de Es-

críticos acerca de las obras de algunos que no han sido biografiados). Madrid, Victoriano Suárez, 1896.

Entre los biografiados incluye a varios extremeños: al duque de T'Serclaes, Juan Pérez de Guzmán y Boza (págs. 191-196); a su hermano, el marqués de Xerez de los Caballeros, Manuel Pérez de Guzmán y Boza (págs. 197-200); a José Sánchez-Arjona (págs. 247-252) y a Francisco Sánchez-Arjona (págs. 253-257).

(2) José Cascales Muñoz: «Los egipcios en la antigüedad. Su gobierno, su religión y sus costumbres». Barcelona, F. Granada y Cía., editores, S. A.

(3) José Cascales Muñoz: «Los primeros frutos de mi huerta (versos muy malos)». Sevilla, E. Rasco, 1897.

(4) José Cascales Muñoz: «Historia de la guerra granadina, contada por alguno de sus nudos. Apuntes para la misma». Madrid, Tipografía de la «Revista de Archivos», 1926.

Con una antología en las páginas 31-38.

pronceda (5) y una biografía estimable del gran vate romántico (6). Como historiador del arte, merecen mención sus dos gruesos volúmenes sobre «Las bellas artes plásticas en Sevilla» (7) y su monografía acerca del pintor paisano Francisco de Zurbarán (8), y que mereció los honores de una traducción al inglés (9). Hasta en papel de informador de viajeros, dió a la estampa una guía del trayecto de Sevilla a Batalha (10) que hoy se nos antoja un mucho pintoresca. Madera de historiador la suya, abarca todos los sectores de lo histórico, dándonos estudios de historia local en lo referente a Villafranca de los Barros (11), de historia genealógico-cultural en la exposición de los méritos de los varones de su familia (12) y de historia gene-

(5) José Cascales Muñoz: «El auténtico Espronceda pornográfico y el apócrifo en general. Estudio crítico vindicativo, al que precede la biografía del gran poeta». Toledo, Imprenta Colegio Huérfano, S. A.

(6) José Cascales Muñoz: «Don Juan de Espronceda. Su época, su vida y sus obras». Madrid, Biblioteca Hispania, 1914.

(7) José Cascales Muñoz: «Las bellas artes plásticas en Sevilla. La pintura, la escultura y la cerámica artística desde el siglo XIII hasta nuestros días. Apuntes históricos y biográficos». Toledo, Imprenta del Colegio de Huérfanos de María Cristina, 1929.

(8) José Cascales Muñoz: «Francisco de Zurbarán. Su época, su vida y sus obras». Madrid, Fernando Fe, 1911.

(9) José Cascales Muñoz: «Francisco de Zurbarán. His epoch, his life and his works». Translated from the Spanish by Nellie Seelye Evans. New York. Privately printed, 1918.

(10) José Cascales Muñoz (Mathéfilo): «De Sevilla a Batalha. Excursión arqueológica e histórica, describiendo los pueblos más importantes por que pasa la línea Sevilla a Mérida y a Badajoz y los monumentos más notables de Portugal para servir de guía al viajero». Madrid, Fernando Fe, 1891.

(11) José Cascales Muñoz: «Apuntes para la historia de Villafranca de los Barros». Madrid, Fortanet, 1904.

(12) José Cascales Muñoz: «Sólo Dios es grande. El libro de los Cascales». Toledo, Imprenta del Colegio de Huérfanos de María Cristina, 1931.

ral en su evocación de la epopeya de la guerra de la Independencia contra las huestes napoleónicas (13). Que era periodista nato, dicenlo sus colaboraciones en numerosos periódicos y aquel largo reportaje que es en último término su libro acerca del inmediato conflicto entre los Estados Unidos y el Japón (14), por más que en los planteamientos dramáticos e inminentes no demuestre grande olfato de sabueso de prensa (15). En lo que a divulgación se refiere, su ensayo sobre la transmisión de las ideas entre los hombres pudiera servir de modelo sobre la manera de propagar conceptos generales en grandes masas de público (16). Finalmente, en el campo de la Sociología, o, si se quiere, de la Teorización política que Cascales entendía por Sociología, una larga cadena de ensayos, a veces con tamaño de libros, afirman la constancia con que el villafranqués abordó las temáticas sociales, más que sociológicas, del ambiente español del 98.

(13) José Cascales Muñoz. 1807-1814: «Rasgos de nuestra epopeya (Episodios y personajes)». Madrid, Fernando Fe, 1918

(14) José Cascales Muñoz: «Los Estados Unidos y el Japón. Estudio histórico-comparativo de estas dos naciones. Sus analogías y diferencias. Sus últimos triunfos militares. Monografías aisladas de cada una de ellas. El conflicto yanqui-japonés. Sus antecedentes. Conducta de los políticos de ambos pueblos». Madrid, Imprenta Moderna, 1908.

(15) Créala que, antes de regresar a sus bases la escuadra americana, estallarían las hostilidades; el libro termina con las siguientes cábalas: «¿Qué pasará antes de que la escuadra yanqui regrese a sus propios mares? Los hechos lo dirán, cuando ya esté en poder del público este libro» (pág. 134).

(16) José Cascales Muñoz: «La palabra y sus manifestaciones. Origen y desarrollo del lenguaje articulado de la escritura, de la imprenta,

En todos estos escritos, esparcidos por sectores culturales tan diversos, repartió los frutos de su laboriosidad laudable. Juzgados objetivamente, están hartos expuestos al blanco de la crítica, porque las fuentes extranjeras son manejadas sin criterio firme, porque los conceptos más se mezclan que se encadenan en la trama lógica, porque incluso aparecen con frecuencia opiniones desconcertantes por lo extemporáneas, porque la ingenuidad del hombre se filtra a través de sus pretensiones eruditas, porque una sonrisa en la boca del lector corta la disquisición más pretenciosa. Pero en conjunto denotan el manejo de condiciones que tornan atrayente la figura de Cascales, pese a que siempre se la envuelva en su sonreír de comprensión. Sus prologuistas ya anotaron esas buenas cualidades: la modestia ejemplar en copiar citando, cosa siempre rara en los pedantes de cada día (17), su intenso patriotismo (18), su concienzuda prolijidad metódica (19), honradez de publicista que le abre de par en par las

de la litografía, del telégrafo, del teléfono y del fonógrafo». Madrid, Bailly-Bailliére, 1899.

(17) Tal le juzga Manuel Zabala y Gallardo en el informe que, en su calidad de secretario general de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, emitió a 4 de diciembre de 1926 sobre el libro «Las bellas artes plásticas en Sevilla». Cita al tomo I, pág. 11.

(18) Así opina su traductora Nellie Seelye Evans en el «Sketch of the author's» que precede a la edición inglesa del «Francisco de Zurbarán». Vide la página XVIII.

(19) Juicio de J. Ortega Munilla en el prólogo a «Rasgos de nuestra epopeya», pág. 6.

puertas de nuestra simpatía (20). Que no fué José Cascales el altisonante reproductor de vaciedades líricas tan abundantes en sus días, sino, al contrario, un sereno meditador pertinaz y detallista, niño grande y maduro de las letras.

Muchos de sus defectos son suyos por serlo de su época. Del mismo modo que sonreímos con inefable estilo al verle denominar «veloz serpiente» al tren que sale de Sevilla a las seis de la mañana para llegar seis horas más tarde a Zafra (21), se nos antojan banales muchas de sus frases, sin contar con que en aquel entonces estaban dotadas de una efectividad, para nuestros abuelos sencillamente impresionante.

Juzguémosle como lo que fué, como un hombre de la generación del 98, que nace por los mismos años que Ganivet y que Unamuno, sin el talento superior de éstos, perdido en un ambiente de irremediable chabacanería, lanzado a la tristeza del desastre colonial, ansioso de hallar salidas a la decadencia española. Mérito suyo fué, y muy grande, no hundirse en el derrotismo de un Luis de Morote, mas ni siquiera ofuscarse en europeísmos liberales cual sucediera al talentado Joaquín Costa. Por encima y por debajo de sus,

(20) «Simpático publicista» le califica Ricardo Becerro de Bengoa en la página 7 del prólogo a «La palabra y sus manifestaciones».

(21) José Cascales Muñoz: «De Sevilla a Batalha», 9.

al fin y al cabo, inocentes infantilidades, late una pasión de laboriosidad y un irrefrenable acento español que choca con la gris neblina del horizonte patrio. Laboriosidad y patriotismo que son los dos pilares de sus abigarrados escritos sociológicos y la causa de que hoy le recordemos con simpatía abierta y confesada.

II.—Con haber escrito sobre materias múltiples, José Cascales guardó especial predilección para el análisis de los problemas políticos y sociales. Una serie de libros amojonan los pasos de esa predilección intelectual: «La confederación de las clases», en 1894 (22); «El obrero y la esclavitud» (23) y «El problema político al inaugurarse el siglo XX», en 1902 (24); los dos volúmenes de la «Sociología contemporánea», en 1912 (25); la «Democracia colectivista», años después (26). Lleva-

(22) José Cascales Muñoz (Mathéfilo): «La confederación de las clases. El programa de un nuevo partido». Madrid, Hijos de M. P. Hernández, 1894.

(23) José Cascales Muñoz: «El obrero y la esclavitud. Su historia». Madrid, «La Irradiación», 1902.

(24) José Cascales Muñoz: «El problema político al inaugurarse el siglo XX. El régimen parlamentario y el funcionarismo». Madrid, Victoriano Suárez, 1902.

(25) El primero se titula «Sociología contemporánea. Los conflictos del proletariado. El movimiento social contemporáneo. Por qué, cuándo y cómo ha nacido el problema obrero». Madrid, Imprenta de «Alrededor del Mundo», 1912.

El segundo se titula «El apostolado moderno. Estudio histórico-crítico de el socialismo y el anarquismo hasta terminar el siglo XIX». Barcelona-Madrid, F. Granada y Cía.

(26) José Cascales Muñoz: «Democracia colectivista. Lecciones de sociología sobre una nueva política a la antigua española calcada de la que hoy siguen los partidos más radicales». Madrid, Sociedad Española de Librería, S. A.

do de esta misma afición, fué él quien inició los estudios sociológicos entre nosotros con carácter universitario, profesando un curso libre de Sociología en la Universidad de Madrid en 1898, bien que al crearse la cátedra oficialmente en el quinto año de estudios de la Facultad de Filosofía y Letras, fuese provista por concurso de méritos en la persona de Manuel Sales y Ferré, catedrático que era en la Universidad de Sevilla (27). Dolióse mucho Cascales de semejante procedimiento de provisión de la cátedra que así le apartaba de la docencia de los temas de su gusto, e incluso en alguna parte lo censuró en violentos tonos (28); pero vistas las cosas con la objetividad que dan cincuenta años de tiempo, ha de reconocerse que no había manera de cotejar sus méritos con los de Sales Ferré, porque ambos profesaban de los temas sociológicos conceptos diametralmente contrapuestos.

Es que Sales y Ferré concebía a la Sociología según los cánones científicos del positivismo imperante, como la ciencia que se ocu-

(27) A 8 de noviembre de 1897 dirigió al rector de la Universidad de Madrid solicitud para explicar una cátedra libre de Sociología, obteniendo permiso a 14 de junio de 1898 e inaugurándola el 26 de octubre del propio año. Pero el ministro Germán Gamazo sacó a concurso de mérito la que creara a 30 de Septiembre, con lo cual Cascales quedó prácticamente sin ella.

(28) «Esta injusticia—dirá—que me hirió en el alma y me privó de seguir dando, en la cátedra de mi predilección, las conferencias de cuya calidad pueden informar los oyentes que tuve». En «El problema político al inaugurarse el siglo XX», 150.

pa de investigar los orígenes de los grupos y condiciones de vida colectiva, perdiéndose en reproducir las teorías patriarcales y matriarcales, junto con las demás zarandajas que entonces constituían novedad; mientras que para Cascales la Sociología venía a ser una disciplina enderezada a averiguar las causas y remedios de las crisis económicas y sociales que ya entonces agitaban las sociedades europeas en el ciclo de su conformación capitalista. Aquél repetía las teorías de Bachofen o Mac Lenan, en tanto que éste refería la evolución de las ideologías socialistas y anarquistas. El catedrático sevillano preparaba sus lecciones en monografías extranjeras, cargadas de nombres de sonido extraño y asentadas en observaciones de pueblos exóticos primitivos, al par que nuestro paisano iba a adquirir noticias en los cenáculos revolucionarios, leyendo los libros de los debeladores de la máquina social vigente, citando a Marx y a Bakunin con preferencia a Westermack o a Spencer. Para uno la Sociología era la ciencia erudita al uso en las cátedras extranjeras; para el otro, el análisis práctico de la revolución que amenazaba. Sales obraba con criterio de profesor; Cascales con miradas de periodista leído. Era imposible comparar sobre el mismo pié dos concepciones tan dispares sobre cuál fuese el

contenido de las explicaciones pertinentes a una cátedra de Sociología.

Cascales insiste en algún pasaje en que su concepto de la Sociología no tiene nada de común con la jerigonza que se explica en las universidades (29). Con un ejemplo pintoresco nos dirá: «Para mí es más sociólogo el padre de Sesostris, haciendo educar al lado de éste a todos los niños de las distintas clases sociales de Egipto nacidos el mismo año que él (con el fin de rodearlo de futuros generales y de escribas que, desde la infancia, lo empezasen a amar), que esos respetabilísimos señores que se pasan los cursos en disquisiciones metafísicas o exponiendo como verdades inconcusas las absurdas teorías del hetairismo, el matriarcado, etc., etc., en vez de adiestrar a los alumnos en el examen de los hechos que ofrece la vida con toda la fuerza de la realidad; porque, mientras el padre de Sesostris, en una época en que los egipcios transformaban la existencia nacional (agitándose en luchas interiores parecidas a las que entablan los españoles con frecuencia), conjura la tormenta desde que da a conocer su iniciativa y consigue ligar estrechamente a la suerte de la Monarquía la de casi todas las familias, altas y bajas, de los distintos bandos hasta entonces perturbadores,

(29) «Democracia colectivista», 11.

los catedráticos en cuestión sólo consiguen llevar al ánimo de los discípulos el convencimiento de que su particular asignatura no sirve para nada. Pues a mi humildísimo juicio, la Sociología equivale, o debe equivaler, para las sociedades humanas, a lo que la Medicina para los individuos, y, si no estoy equivocado, su principal misión ha de ser investigar hasta descubrir las verdaderas causas de los vicios y enfermedades sociales, con el objeto final de que, una vez descubiertas, les pueda ser aplicado el remedio...» (30).

Por eso, cuando acudió a los libros de los que él, con su pintoresquismo continuo, llama polígrafos en lugar de eruditos, sacó la convicción de que había perdido lamentablemente el tiempo (31), así que, para documentarse en materias sociológicas, juzgó lo más oportuno inscribirse en el partido socialista, afiliándose en 1893 a la Sociedad de encuadernadores *El Libro*, de Madrid (32).

No concede importancia a las teorías abstractas y cuando ha de aludir por fuerza a ellas se limita a copiar páginas enteras de alguno de los tales despreciados eruditos (33), reduciendo sus aportaciones propias a mostrar cómo los teóricos no aciertan siquie-

(30) «Democracia colectivista», 12-14.

(31) «Los conflictos del proletariado», 19.

(32) «Los conflictos del proletariado», 21.

(33) Así, por ejemplo, en «Los conflictos del proletariado» copia literalmente trechos del «Tratado de sociología. Evolución social y políti-

ra a ponerse de acuerdo entre sí (34). Lo que echa de menos en semejantes maneras científicas es la inutilidad práctica, el no hincar en la problemática colectiva, lo que llama haber profundizado las causas ocasionales sin haber llegado a investigar las eficientes (35).

Con tal mentalidad y armado de unas armas de lógica primordialmente pragmática, más que doctrinario sociológico, Cascales es observador de movimientos sociales. Obsesionado por los acontecimientos que culminaron en los desastres patrios del 98, sus construcciones no son frías disecciones de gabinete, sino terapéutica curadora de la agonía del país. Sentido realista e inmediato de lo que sea una sociología atenta al giro de los acontecimientos tanto o más que a los esquemas de las doctrinas.

III.—En construcción de tal guisa planeada campea por base central el sentimiento de la crisis, invadiendo cada una de sus teorías con la sensación de una angustia a la que,

ca. Segunda parte» Tomo primero. Del hetairismo al patriarcado (Madrid, Librería de Victoriano Suárez, 1894). de Manuel Sales y Ferré, según el siguiente cuadro:

En las páginas 84-86 transcriben las páginas 13-16 de Sales y Ferré.			
»	86-87	»	17-18
»	87-89	»	19-21
»	89-90	»	22-24
»	90-91	»	25-26
»	91-92	»	31-32
»	92-95	»	39-43
»	95-96	»	43 nota 1
»	96-97	»	82
»	97-99	»	164-165

(34) «Los conflictos del proletariado», 105.

(35) «Los conflictos del proletariado», 34-35.

por encima de todo, pretende encontrar cabal explicación. La sintió ya de adolescente durante sus estudios de Sevilla, con un dejo de personalísimo dolor, al entender al universo y al drama humano de la caída que trae aparejado el sufrimiento, como un inasequible afán de inasequibles infinitos; es aquella poesía, casi nietzchiana, en la que increpa a Dios preguntándole por su dolor, con un tono parejo al que empleará luego su razón para resolver el enigma de la crisis colectiva.

«¿Con qué idea, gran Dios, hiciste al mundo,
y qué fin con nosotros te llevaste,
donde se pasa en un dolor profundo
a este suelo escabroso nos mandaste,
donde se pasa, en un dolor profundo,
la corta vida que al mortal marcaste?

Si algún hombre pecó por su flaqueza,
¿por qué pagar nosotros la torpeza?» (36).

Todo lo que él llamará su sociología no pasará de un transplantar al plano social con criterios de interrogación racional esa dimensión de curiosidad con que inquiría teológicamente las causas del mal del mundo en sus años juveniles. Y así su pensamiento no tendrá otro punto de partida que el gran fracaso de la pomposa revolución de 1789.

A sus ojos, la revolución francesa engendró el egoísmo, llevándolo a los extremos más

(36) «Los primeros frutos de mi huerta», 70.

radicales. La prometida libertad política concluyó en la esclavitud económica; la igualdad de derechos, sin igualdad de condiciones económicas, fué humillante servidumbre; la fraternidad fué realmente competencia despiadada; el capital sustituyó a la sangre; el abandono del débil fué el eslabón último de la cadena de inconsecuencias revolucionarias. La crisis, resumirá Cascales, «dió sus primeros pasos al disolverse los antiguos gremios, al encontrarse el obrero aislado, en medio de una sociedad que lo abandonó a sus propias fuerzas. Y al sentir la necesidad de volver a unirse a sus compañeros en formas nuevas para la nueva lucha, y tomó cuerpo y adquirió robustez al ponerse al frente del proletariado Carlos Marx y Federico Engels» (37).

Fracaso para el cual encontraría dos sucesivas salidas: la revolución marxista y la ordenación gremial. En ambos casos, fué mérito de José Cascales acertar en la consideración de la crisis del liberalismo; en cambio, fué yerro suyo no conseguir discriminar con precisión los elementos marxistas de los elementos tradicionales que se ayuntaban en su postura de superador del vacío liberalismo del 89. De ahí que, si su visión sociológica

(37) «Los conflictos del proletariado», 292.
También, 59-60.

acierta en lo negativo, venga a dar en nebulosidades en la parte positiva de la construcción.

Por lo cual, nuestra tarea de críticos consiste en puntualizar los aciertos de su crítica de la revolución y en separar los ingredientes marxistas y tradicionales de su pensamiento. Verificado lo primero, corresponde ahora analizar sus logros constructivos.

IV.—En un primer momento deslúmbrale la ideología socialista de los discípulos de Marx. A veces, su crítica del liberalismo está formulada en las mismas palabras que utilizaban los propagandistas rojos (38), con toda la virulencia terminológica y con todo el nervio dramático propio de manifestaciones de esa índole. Y tanto se llenó de fórmulas de color marxista que a lo largo de su vida las repite, incluso cuando ya superó éste su primer momento de curioso por las doctrinas de la revolución social.

Puramente materialista es su concepción de la patria. Para Cascales, patria no implica sentimiento de emoción colectiva ni siquiera cauce de unificación cultural, sino escueta

(38) Véase, por ejemplo, el siguiente pasaje de «La federación de clases», página 3: «En el fondo no puede ser más moral e igualitaria la teoría predicada por los apóstoles del socialismo; y, en cambio, si ya estuviéramos gozando de los principios que sustentan, nos parecería absurdo e inconcebible el que hubiera existido un período de la historia en que unos hombres vivían (como hoy ocurre), a pesar de la civilización, en la miseria y matándose de (sic) trabajar, mientras otras gozaban de todos los placeres imaginables con el producto del trabajo realizado por aquéllos».

unidad económica. «Las patrias no son ya otra cosa que sociedades mercantiles» (39), dirá, con ecos revolucionarios, para concluir al cabo que carecen de razón de ser, por no pasar de un instrumento de opresión de los pobres por los ricos. Nacionalidades económicas (40), las guerras se justifican por motivos estrictamente económicos, y la mejor manera de preparar a los soldados sería la de hacerles ver las ventajas e inconvenientes de la victoria o derrota, explicándoles el carácter de la producción de los pueblos beligerantes en lugar de evocar vaguedades sentimentales emotivas (41).

Como asimismo está tarada de materialismo histórico su visión del Derecho. Que el Derecho positivo sea resultado de la fuerza

(39) «Las patrias no son ya otra cosa que sociedades mercantiles a cargo de los potentados, quienes pasan de unas a otras, como varían los comerciantes de razón social. Y el amor a la patria no es hoy más que el cariño al pueblo natal, por los recuerdos que conserva de la infancia, por reposar en él las cenizas de los antepasados y por tener el lenguaje común con los demás vecinos, como el carácter, la historia y, con frecuencia, el porvenir. Pero ya no van a la guerra los propietarios, sino los desposeídos. Los que nada tienen en el territorio son los encargados de defenderlo, y si alguno se niega a ello, o deserta de las filas, es fusilado por traición a la patria, en tanto que los poseedores, confundiendo más que nunca la patria con la propiedad, con sus riquezas, cuando temen que éstas corran peligro, hacen traición a aquélla, sin miedo a ser fusilados, ni tan sólo a que se censure su conducta, tomando carta de naturaleza en otro país, quizá enemigo del suyo, como, por ejemplo, los españoles de Cuba en los Estados Unidos, para poner a salvo sus intereses y exigir fuertes indemnizaciones en el caso de que sean profanados. Mas si para los ricos la patria es el universo, porque en todas partes están sus caudales garantidos, para los pobres tiende a serlo también, porque en todas partes son igualmente explotados; y a borrar las fronteras de hoy, y a unirse para la emancipación común, tiende el proletariado de todas las naciones desde que se creó la Internacional.»

«Los conflictos del proletariado», 55-56.

(40) «El problema político al inaugurarse el siglo XX», 211.

(41) «El problema político al inaugurarse el siglo XX», 185.

es cosa paladinamente sustentada; para Cascales, así como en el pasado la ley era voluntad de los guerreros vencedores, hoy es norma que en propio beneficio dictan las clases privilegiadas; no correspondiendo a la filosofía del derecho otro papel que la triste y menguada tarea de consolidar los sucesivos estados de conciencia por los que va pasando la humanidad (42). Y es que no sólo la ley positiva, sino hasta aquella justicia que parece debiera ser inconmovible, fluctúa a tenor de las mutaciones de la historia, de tal manera que, para Cascales, «el derecho se basa en la fuerza; antes se basó en la fuerza bruta, hoy en las mayorías conscientes» (43). Ni aun el Derecho natural es permanente, dependiendo de la manera de ser de cada pueblo (44). Con tal radical negación de la objetividad de lo justo, con tan patente reducción de lo jurídico a lo fáctico, en su mezcolanza de Gumpowicz con Marx, topamos una de las más tajantes historificaciones del derecho que se hayan dado en el pensamiento hispano.

Otra clara faceta de cómo habíánle penetrado las esencias marxistas es su concepto del cambio social. Cascales niega que todo pueda resolverse con una alteración política ni con el tránsito de la monarquía a la repú-

(42) «Los conflictos del proletariado», 46.

(43) «Los conflictos del proletariado», 45-46.

(44) «Los conflictos del proletariado», 47.

blica en la jefatura del Estado; antes estima que tal cambio no contentaría a nadie, porque lo que se precisaba era la mutación del orden económico (45).

Y como el orden actual es imperfecto, tal mutación vendrá forzosamente. Cascales la contempla, muy a lo marxista, como ilusionada meta apetecible, seguro además de su ineludible advenimiento. «Por irrealizable que a primera vista parezca—escribía en 1894—el programa del partido socialista obrero, es indudable que la revolución social no dejará de efectuarse dentro de más o menos tiempo, e indudable es también que el Estado de cosas que sustituya al presente será mejor para todos y bajo todos conceptos» (46). Idea que le acompaña siempre. En 1902 decía que no es posible resolver el problema obrero sin la destrucción del sistema de producción capitalista (47), al paso que dos lustros después todavía aseveraba que el término de la actual evolución social no es otro que el comunismo (48). Su ciega fe en el progreso, creencia dogmática del siglo sin dogmas que fuera el XIX, exigía una marcha continua en los avatares humanos; y porque profesaba la continuidad del progreso, aun a

(45) «Los conflictos del proletariado», 69.

(46) «La confederación de las clases», 3.

(47) «Los conflictos del proletariado», 281 y 283.

(48) «El apostolado moderno», 329.

costa de los cadáveres de civilizaciones enteras (49), su filosofía de la historia es el optimismo de un ideólogo afanoso de quimeras.

Así la ideología marxista es aceptada por José Cascales como superación del liberalismo decadente y flojo, aceptando de ella muchos puntos capitales; mas con una aceptación en la que hay mucho del atropello inconsciente, ya que se alía con una fuerte dosis de pensamiento tradicionalista, en extraño maridaje, cuya sola explicación pudiera ser la de que aquello que le preocupó fué negar las tesis liberales.

V.—Más sólida, más coherente y más cerrada es la manera en que José Cascales considera la negación tradicionalista del liberalismo, por más que aparezcan más explosivos e hirientes algunos pasajes donde conste su recepción marxista.

Ya coincide con los escritores tradicionalistas en afirmar que en el fondo de la crisis social serpea una crisis religiosa y que la pérdida de la fe en las masas fué causa de su adscripción a los movimientos revolucionarios. Son numerosos los trechos en que repite esta idea de puro cuño donosiano (50), de

(49) Vide, para entender su idea del progreso incontenible, las consideraciones, un tanto pintorescas, con que concluye «Los egipcios en la antigüedad», página 141; así como «Los conflictos del proletariado», pág. 144.

(50) Por citar solamente «Los conflictos del proletariado», la reitera en las páginas 41, 77, 129-130, 171 y 293.

tal manera que, tras leerle, parece la tomara con pasiones de obsesión. Hasta cobra el tono de grandeza dramática de Donoso cuando se refiere a estas cuestiones y se pregunta: «Si la forma social no es inmutable, ¿por qué no transformarla a gusto de los descontentos? Y si la propiedad tuvo su origen en una usurpación, ¿por qué no expropiar a los actuales poseedores?» (51).

De donde considera la grande importancia de la restauración del factor religioso para la solución del problema social; y como el liberalismo había cooperado a debilitar las fuerzas de ese factor religioso en la vida colectiva, José Cascales levanta contra el liberalismo la más dura de sus críticas, acabando por adherirse a las tesis de Félix Sardá y Salvany y declarando que el liberalismo es sencillamente un pecado de herejía. En «El problema político al inaugurarse el siglo XX» cita ampliamente al presbítero catalán e incluso ataca directamente a los grupos de «mestizos» o católicos liberales, que venían a ser para aquel entonces lo mismo que los demócratas cristianos vienen a ser hoy: los equilibristas del oportunismo político (52).

Tanto llegó a penetrarse de las tesis tradicionales y tanto llegó a creer era importante

(51) «Los conflictos del proletariado», 129-130.

(52) «El problema político al inaugurarse el siglo XX», 23-27.

el factor religioso en la vida colectiva, que hasta la unidad religiosa le pareció cosa necesaria. Hasta el extremo de que los protestantes en España eran a sus ojos permitidos traidores en potencia. Ataca al liberalismo por haber permitido la ruptura de la unidad de fe, máximo ingrediente para la coherencia nacional y máximo dato para el bienestar común (53). Ni más ni menos que su apología de los grupos militares, en hora en que tan acervamente eran combatidos, sella su simpatía por los viejos ideales del tradicionalismo antiliberal (54); o que sus deseos de cortar la libertad de Prensa, sujetándola a tribunales de honor y a sanciones graves (55); o su enemiga a los partidos políticos como sistema de gobierno (56); o su definición de la

(53) «No obstante, en el terreno político, debo hacer constar que la unidad religiosa es uno de los lazos más fuertes que se conocen de la unidad nacional (sobre todo, en los países como el nuestro, donde no existe el de raza, es débil el de la lengua y aún no se ha llegado a constituir el económico), y la libertad de cultos uno de los flancos más patentes por donde atacar y asaltar las murallas de la más fuerte nación. Esos portillos que, cegados por la pasión y por el espíritu de bandería, hemos abierto en los muros de la unidad nacional española están dando ya su fruto. Es muy hermoso eso de la libertad de conciencia; mas véase lo que pasa en España misma... Por eso los protestantes ingleses han sabido utilizar nuestra tolerancia religiosa para invadir, no ya las cercanías de Gibraltar, sino regiones tan distintas como Galicia y la provincia de Zamora. Ganadas las conciencias y despertadas las simpatías que son naturales hacia los que tienen la misma religión, en el caso de una guerra anglo-española no es difícil presumir la actitud de las regiones mencionadas hacia sus hermanos de creencias, aunque sean miembros del ejército invasor.»

«El problema político al inaugurarse el siglo XX», 36-37.

(54) En «El problema político al inaugurarse el siglo XX», páginas 43-44, se lamenta de que el militar sea mal pagado y visto con antipatía, siendo «la suya misión más digna».

(55) «El problema político al inaugurarse el siglo XX», 72 y 212.

(56) Recuérdese cómo difiere de las soluciones propugnadas por Joaquín Costa, en «Democracia colectivista», 44 y 61-70.

farsa canovista como autocracia ministerial (57); o su demostración de las causas de la incapacidad de los gobernantes en el universal nepotismo (58); o la manera rotunda en que define al liberalismo cual la negación de la libertad (59); o sus ataques a los abusos en la libertad de cátedra (60); o su achaque de que la libertad liberal es simple libertinaje (61), etc., etc. Son tantos los extremos en que José Cascales hace suyos en el contenido y en el vocabulario los gestos violentos de la polémica antiliberal de los escritores carlistas, que bien pudiera tomársele por un teórico de la Tradición de no atenernos más que a esos párrafos. ¡Si se adentraba tanto en esos grupos, que su visión del Estado como regulador de entidades sociales autónomas parece tomada de los viejos arsenales de la Tradición! La monarquía federativa parece ser la única fórmula en que plasmar en realidades aquella su idea de «que todos los organismos del Estado deben recabar la necesaria autarquía para todos los asuntos de su régimen interior» (62).

(57) «El problema político al inaugurarse el siglo XX», 14-15.

(58) Pues «que necesitando los ministros asegurarse mayorías en ambas cámaras, sólo dejan que lleguen a ellas sus deudos y protegidos más adictos, llenándolas de vividores y de ineptos y cerrándoles las puertas al talento y al mérito personal; a lo cual obedece la carencia de grandes hombres públicos, que se viene observando». En «El problema político al inaugurarse el siglo XX», 212-213.

(59) «El problema político al inaugurarse el siglo XX», 23.

(60) «El problema político al inaugurarse el siglo XX», 29.

(61) «El problema político al inaugurarse el siglo XX», 28-29 y 212.

(62) «El problema político al inaugurarse el siglo XX», 214.

Ciertamente que parecerá anómalo leer en los escritos de Cascales tales cosas, después de haberle contemplado sosteniendo notas de estridencia típicamente marxista. Pero es que no fué precisamente la coordinación sistemática su cualidad más relevante, ni tuvo nunca la destreza elaboradora de nociones maridadas. Escribía sin orden y con bríos; guerrillero de las letras propúsose asaltar los torreones del liberalismo del 1900, y verdad que puso en el empeño entusiasmos y rudeza. Pero, en su afán de acumular armas, acudió a procedencias bien distintas; y así, su crítica, martilleante siempre, golpea con variado razonar. Falto de formación filosófica, más rico de tesón que de claridades mentales, aguerrido de entusiasmos pero débil de iniciativas, su empresa fué a un tiempo desigual y desordenada. A lo lejos, en la perspectiva en que hoy la juzgamos, fué más alarde que efectividad, abigarrada gritería que machacona trabazón de ideas. Por eso se ayuntan en disforme modo, al conjuro inquieto de su pluma, cosas tan dispares como la revolución marxista y la temática española tradicional, sin otra justificación que la que les dan los fueros del apasionado desorden con que José Cascales negó vigencia a las ideologías del liberalismo.

VI.—De la confusión de hontanares brota,

al cabo, una idea precisamente concebida: la de que el régimen liberal de políticos sea sustituido por un régimen funcional de técnicos, que Cascales define como «aquel en que desde el primer ministro hasta el último escribiente no pertenezcan a ningún partido sino a la nación, y en que dejen de tener prerrogativas y de ser hombres políticos para no ser más que técnicos, funcionarios públicos y nada más que funcionarios públicos, inamovibles; pero responsables, verdaderamente responsables, de todos sus actos; no volviendo éstos a legislar como hasta hoy, por sí y ante sí, de una manera más o menos disfrazada, para que sea el pueblo quien legisle de verdad, mediante sus representantes en las Cámaras, sin consentir la dirección ni la intervención de ningún oligarca» (63). Así definido, constituye la negación del liberalismo en el plano político, al mismo tiempo que su medicina sanadora de la crisis del 98 en el terreno histórico, bajo los nombres de funcionarismo (64) y de democracia colectivista (65) que le da; es su receta, la receta que en el bolsillo llevaron para España todos los hombres de su generación. Cuanto estudió de sociología, o mejor de lo que él entendía por sociología, se encuentra aquí conden-

(63) «El problema político al inaugurarse el siglo XX», 3.

(64) «El problema político al inaugurarse el siglo XX», 1-3.

(65) «Democracia colectivista», 102.

sado en drogas capaces de aliviar su desesperada esperanza de español dolorido. En la fórmula del funcionarismo, transcripción adelgazada del «más administración y menos política» entonces tan en boga, se halla el ápice de las aportaciones de José Cascales.

Como puede verse, céntranse en él dos líneas diferentes: la línea histórica del fracaso patrio y el afán tesonero del estudio. La primera genera una solución para la decadencia de España; la segunda da de sí un sistema enemigo del liberalismo entonces dominante. Por aquélla se empareja con sus contemporáneos trágicos y heridos, profetas de una ruina y curadores de una agonía: con los Joaquín Costa y los Angel Ganivet, con los Miguel de Unamuno y Ramiro de Maeztu; por ésta se relaciona con cuantos, dentro o fuera de España, propugnaban un reajuste del mecanismo liberal, desde los guildistas ingleses a los sindicalistas solerianos y a los tradicionalistas españoles.

No era José Cascales hombre de primera línea, y por eso su ideario queda turbado con los grises de lo borroso; pero supo ser hijo de su tierra y de su tiempo, elaborando una amalgama en la que hay muchas cosas apreciables.

Tan resuelto en el fondo como inconstante en las realizaciones. A fuer de hombre de es-

tudio, carece del rigor necesario para planear al detalle los procedimientos con que llevar a cabo el cambio defendido. Mientras que en las conclusiones de «El problema político al inaugurarse el siglo XX» (66) y en muchas partes de la «Democracia colectivista» (67), postula una serie de reformas paulatinas, en virtud de las cuales, insensiblemente, se pasaría de la representación individualista a la representación por clases y a la desaparición del régimen de los partidos políticos, en otros sitios afirma que semejante mutación sólo puede venir cuando la espada de un «dictador eminente» corte los nudos de las intrigas electoreras (68). Nueva indecisión en la que rebrota una vez más el signo inconstante y turbio que caracterizó su falta de fijeza como hombre de letras.

VII.—Entre los muchos campos que arara con su pluma, el propio José Cascales Muñoz opinó era en el de la sociología en donde habría de alcanzar su más granada sementera. Los libros de mayor alcance entre cuantos escribió se refieren a la consideración de los fenómenos sociales en general y al diagnós-

(66) Véanse las conclusiones 9.^a y 15 de «El problema político al inaugurarse el siglo XX», páginas 213-215.

(67) Sobre todo a las págs. 15-16.

(68) La frase consta en «El problema político al inaugurarse el siglo XX», página 172.

En el mismo sentido reitera, a la página 105, que «al egoísmo individual hay que oponer el interés colectivo, y a la jerarquía de los caciques la jerarquía de los prestigios; mas dada la impotencia y dado el indiferentismo de las masas, esto sólo puede hacerlo hoy un dictador».

tico de la crisis española en particular, mostrando siempre una dedicación incontenida a los estudios de los movimientos revolucionarios, a las causas que los engendran, a las metas a que caminan y a las soluciones con que pudiera irseles a la mano. Erró, ciertamente, en creer que lo que él producía era auténtica sociología: sus tareas dan más en la ciencia política que en la ciencia sociológica propiamente dicha, bien que se haya de reconocer es harto borroso el amojonamiento entre sus campos respectivos; pero acertó, y acertó de lleno, en su estimación de los males nuestros, en la desconfianza respecto de las soluciones liberales, en el afán remozador de la charca política del 76, en la aspiración de fórmulas en grande parte bien atinadas, aunque no sean compartidas por mí. Con ojos de historiador hemos de saludar en José Cascales Muñoz a uno de los varones más interesantes entre los del 98 y a uno de los pocos que, pese a sus turbaciones ideológicas, vieron claro en el borde abismático de los últimos años de la regencia alfonsina. En ocasiones su ingenuidad pintoresca hace asomar sonrisas en los labios del lector; pero siempre a la postre su lectura deja el regusto de un afán de saber, de una honradez intelectual, de una inquisición viva, de un anhelo patriótico y de un atinado apuntar crítico,

con los que gana méritos de recordación muy superiores a los de muchos de sus contemporáneos todavía alzados en el falso pedestal de una afortunada suerte periodística, de la que José Cascales Muñoz no logró participar.

LA LECCION DE JOSE LOPEZ PRUDENCIO

Conferencia pronunciada en Badajoz el 18 de Noviembre
de 1949

I

Señoras y señores:

Quizás sea éste uno de los pocos casos en que resulten ciertas aquella proclamada insuficiencia del orador y aquella cacareada dificultad del tema, tan en boga entre los hombres de la retórica del siglo XIX. Porque para hablar de José López Prudencio están más autorizados que yo todos y cada uno de cuantos compartisteis con él el pan de la vida pacense a lo largo de cerca de ochenta años; y porque pocas novedades podrá tejer alrededor de su figura badajocísima un extremeño que vivió la mayor parte de su vida lejos de Extremadura y sin contacto directo con los movimientos culturales que José López Prudencio capitaneó.

Aunque tal vez semejante apartamiento favorezca mi empeño de esta tarde. No sería la primera ocasión en que la lejanía permitió medir la altura de unos montes, que otros menores e interpuestos nos vedaban contemplar. Yo, alejado de la Extremadura patria,

embebido en ambientes culturales extranjeros, suscitado por preocupaciones harto distintas de las que a vosotros os movieron a la vera de José López Prudencio, y sobre todo, transido de la experiencia de una guerra y del cotejo con otros climas humanos, yo, digo, es posible que consiga definiros de algún modo nuevo a aquel hombre a quien vosotros recordaréis siempre en la dimensión de la apegada cercanía. Los que tuvísteis la suerte de tratarle, tendéis a disolver vuestros recuerdos en la menuda filigrana de la anécdota y a perderos en el detalle del incidente pasajero; los que no tuvimos comercio con su admirada mentalidad, podemos preguntarnos más a las claras cuál haya de ser el papel que a José López Prudencio toca en el caminar de nuestra historia regional.

De lo que fué José López Prudencio ha dado cuenta don Enrique Segura con admirable sagacidad y entrañable afán sentido, en una comunicación que presentara a la reciente segunda Asamblea de Estudios Extremeños y que después honró las páginas de la revista cacereña *Alcántara* (1). Allí va pasando, desgranar de un rosario urdido con fraternales memorias al amigo insigne, el

(1) Enrique Segura: «In memoriam. El amigo entrañable». En *Alcántara*, Revista Literaria, publicación mensual de los Servicios Culturales de la Diputación Provincial de Cáceres. Año V, núm. 24. 31 de Octubre de 1949. Páginas 3-11.

López Prudencio de los 30 años, con sus altos cuellos almidonados, sus trajes oscuros, su amplio bigote y su abundosa barba matizada de ligerísimas tonalidades rubias, estampa secularizada de sus primeros pasos de seminarista de la plaza de Minayo; el López Prudencio periodista y ganador de premios literarios en concursos regionales y nacionales, al borde ya de los 40 otoños; el López Prudencio fundador del Centro de Estudios Extremeños, cazador y virtuoso de la pluma, ya dentro del sexto decenio de su vida; y el López Prudencio desengañado y triste, herido de amarguras y nostalgias en una prolongada ancianidad, inmovilizado casi en su viejo sillón de gutapercha, apenas si apoyados los codos en los anchos brazos, los ojos perdidos en el ayer que nunca vuelve.

La vida entera de tres cuartos de siglo de Badajoz bulle en las páginas de Enrique Segura, más hijas del corazón que del cerebro, escritas casi en tono de memorias íntimas, como el más dulce crisantemo sobre la tumba, en el más dulce homenaje de la fidelidad. Escúchanse los valeses bailados en los salones del Casino por una juventud que hoy peina canas; sábese de las mantillas de blonda de las presidentas de becerradas que hoy apenas si valen por acartonados ludibrios de los años; óyense los ecos de las zarzuelas de

los abonos de temporada al Teatro Isabelino; apréndense las polémicas reñidas de la revista que aparecía todos los martes con la revista que aparecía todos los sábados; piénsase en los veraneos en Figueira da Foz, con sus sardinas y sus fados...; Enrique Segura ha dado nueva y definitiva muerte, al evocarlos, a los hechos y a los personajes de un mundo que fué el marco del José López Prudencio cuando el maestro tenía la edad misma que yo ya tengo hoy.

Al encarnarme con su memoria no puedo eludir en modo alguno este cotejo de circunstancias. Porque, señores, lo que los hombres de mi generación extremeña tienen que preguntarse a sí propios, para poder valorar con exactitud la obra de José López Prudencio, son dos cosas: primera, si mi circunstancia extremeña es distinta de la suya; y segunda, qué parte le cupo en esas diferencias.

Quien quiera que pulse hoy el ritmo de la tierra nuestra, observará unos bríos sorprendentes. Especialmente quienes tenemos como profesión convivir con los que llegan y atender el adelanto de las inteligencias juveniles, percibimos de año en año unas ansias de amor a lo nuestro, un cariño progresivo por la patria chica, un interés afanoso por las cosas de Extremadura, que cometeríamos un crimen si no procurásemos dar adecuados

cauces a la impetuosa corriente de este desbordante extremeñismo. Hasta el sosiego de las aulas salmantinas se llegó un día el rumor del oleaje nuestro, y bastó una sementera sola de inquietudes para que aquellos, hoy alumnos y mañana maestros, me devolvieran mi incitación en granada cosecha de realidades.

Y no es solamente en los ámbitos universitarios, sino que por doquiera crece y crece el fuego del extremeñismo. Proyéctanse academias, reúnen se asambleas, brotan iniciativas, publícanse libros; y, en el umbral de una generación que parece estar destinada por Dios para la instauración histórica de las esencias extremeñas, óyese la llegada de los juveniles campeones entre el adoctrinamiento de unos cuantos beneméritos, que acuden a su encuentro con los brazos ungidos de bendiciones y las sienes orladas con el laurel de la maestría estudiosa. Yo, que siento en mis venas el bulir de esa generación que llega, contemplo con devoción a quienes nos bendicen y anteceden, porque en sus obras veo la causa de que el medio ambiente nuestro sea dispar del medio ambiente del 1900, de aquel que reinaba en Extremadura cuando José López Prudencio contaba más o menos los mismos junios que yo cuento hoy.

Hay, pues, que contestar afirmativamente

a la primera pregunta, afirmando el cambio de horizontes en el cielo denso de mi Extremadura. Ahora toca averiguar qué corresponde en ese cambio a José López Prudencio.

II

En la obra literaria de López Prudencio hay un tema central que se repite, verdadera obsesión de su mente: la formación de la tradición de su pueblo.

Es posible que, al oír estas palabras, sospechéis que yo exagero en el vocabulario; pero es lo cierto que a poco que recordéis sus libros cardinales, veréis latir en ellos el inquieto de la perdurabilidad de ciertas formas culturales del pasado y de la desaparición de otras formas culturales. En el fondo de todos sus libros hay un paisaje contemplado con dos ojos distintos: el de la actualidad que borró nombres y derribó murallas, y el de un ayer en que esos nombres eran famosos y estas murallas se erguían con majestad hasta los cielos. ¿Qué es, decidme, el *Libro de horas anónimas* (2), sino los análisis mitad sociológicos y mitad poéticos, con que da vida a la ciudad del siglo XIII este perpetuo soñador de atardeceres? ¿Qué son los *Relie-*

(2) «Libro de horas anónimas», compuesto y ordenado por José López Prudencio, vecino de Badajoz. Badajoz, Antonio Arqueros, 1926.

ves antiguos (3) sino el murmullo del 1500 trasladado a la actualidad del siglo XX? ¿Qué es el delicioso *Vargueño de saudades* (4) sino una leyenda conmovedora bordada en las páginas de pergamino de una gramática del siglo XVIII? Toda la obra de José López Prudencio se halla prendida al deseo de cotejar el ayer con el hoy y de averiguar qué huellas borró el tiempo y cuáles siguen pesando sobre nuestros actos.

Esta actitud de catalogar el ayer vivo comienza por la añoranza de los personajes. Cuando mira a la vacía capilla de los Moscosos y ve sobre la verja, entre dos blasones nobiliarios, la inscripción gótica que reza: «Capilla de Suero Vázquez de Moscoso», el alma se le hincha con la obsesión de la pervivencia o no pervivencia del pasado ido y nos comenta: «¿Quién sería este señor Suero Vázquez de Moscoso? En la segunda mitad del siglo XV, esta pregunta hubiera sido incomprensible en Badajoz. En la primera mitad del siglo XX, ¿es ya un enigma ese nombre?» (5).

Y prosigue, mientras pasea por el recinto que cercan las murallas de la ciudadela pacense, de lo que acostumbráis a llamar el Castillo: «Tan silencioso y yermo está el pa-

(3) José López Prudencio: «Relieves antiguos». Badajoz, Antonio Arqueros, 1925.

(4) «Vargueño de Saudades». Lo escribió José López Prudencio. Badajoz, El Correo de la Mañana, 1917.

(5) «Relieves antiguos», 11.

raje donde bulló años y siglos la vida de la ciudad, que las huellas—borrosas e incoherentes—de aquella vida, ocultas en los viejos pergaminos, tienen fragancia de leyenda fabulosa y lejana... ¿Dónde estaba la casa de Doña Mayor Gutiérrez, la devota rica-hembra que fundó y dotó el convento de los Trinitarios? ¿Hacia dónde caería la mansión de Juan Luz? ¿Y la de Juan Damor? ¿Y la de Martín Bragas de Fierro? ¿Y las de doña Flor y doña Mafalda?... ¿Dónde estaban las mansiones de estos personajes? La que habitó Doña Mayor estaba en la calle que iba desde la torre del Apendiz a Santa María de los Freires. Todavía está en pie aquella torre; aún perdura una de las naves de aquel templo. Todo lo demás ha desaparecido, sin dejar más vestigio que la mención escueta de su recuerdo, perdida en el farragoso palabreo de las viejas escrituras» (6).

Es el dolor de la fama olvidada o del lugar perdido; pero es más, mucho más, que mero goce triste de artista lastimero. Las añoranzas de José López Prudencio entrañan algo más que alarido decadente de romántico trasnochado; llevan dentro de sí un sistema entero de filosofía de la historia.

Porque a la mudanza de los hombres y de las cosas va unida la variación de las fuerzas

(6) «Libro de horas anónimas», 15-17.

en la mecánica social. Cronos, que devoró a sus hijos y a las obras de sus hijos, no respetó tampoco los ordenamientos políticos. Cuando José López Prudencio nos pone delante de los ojos el asombro con que hubieran rechazado desde los castillos altaneros de su imaginación feudal los nobles hidalgos del Badajoz del siglo XIII, en la salida dominguera de la misa mayor, la posibilidad de que los hijos de los hijos de los villanos que les cedían el paso habrían de ocupar alguna vez sus puestos de mando en la ciudad (7), nos plantea la tensión urgente de la historia política y nos relata la visión del ayer con el rigor necesario para que de su contemplación brote una enseñanza y no un simple lamento.

Enseñanza que consiste en averiguar dos cosas: primero, qué es lo que perdura y qué es lo que muere cuando el tiempo se va; y segundo, por qué unas cosas continúan vibrando en las pasiones del futuro y por qué otras huyen a enterrarse en los sepulcros del pasado.

La primera de estas preguntas llegó a hacérsela incluso literalmente en el *Libro de horas anónimas* cuando inquiría: «¿Qué cosa

(7) «Relieves antiguos», 24: «¿Podrían imaginar aquellos próceres que los hijos, los nietos, los sucesores de estos burgueses, de estos trajinantes y recueros, de estos pastores y de estas burguesitas y menestras, andando los siglos, invadirían, como dueños, sus señoríos, sus heredades y hasta sus capillas, sus sitios seculares en las iglesias de sus patronazgos en esta misma Catedral?»

insignificante, inadvertida, desdeñada, de las que nos rodean, será lo que perdure y trascienda a las lejanías de lo porvenir, a donde no llegará ninguna de las resonancias, de los estruendos, de las magnificencias que ahora nos aturden y deslumbran?» (8). La mayor aspiración del erudito pacense consistía en averiguar el hilo del pasado, en atar los cabos que los años cortaron para siempre. Una piedra labrada o un rugoso pergamino le decían cosas que el tiempo devoró en sus entrañas insaciables. Su apetito de historiador llegaba a averiguar el cómo doña Mayor o don Suero se hundieron en las tinieblas del ayer; su apetito de pensador le llevaba a intentar comprender las razones hondas de ese cambio desapareciente de los hombres y de las cosas.

De ahí que su primera pregunta, el cómo de los cambios, se halle ligada a su segunda pregunta, el qué de la Tradición extremeña.

Es la que nos dá en sus dos libros fundamentales, en aquellos que abren y cierran las puertas de su obra como las jambas magnas del arco triunfal por donde su nombre penetra en los espacios luminosos de la fama, eludiendo la abismática obscuridad de los olvidos. *El genio literario de Extremadura*, de

(8) «Libro de las horas anónimas», 257.

1912, obra de los cuarenta años; y las *Notas literarias de Extremadura*, de 1932, cuando ya había cumplido los sesenta, son los dos libros en los que José López Prudencio teorizó la doctrina de la Tradición extremeña.

Para ello no tuvo más que aplicar a la historia nuestra sus preocupaciones de sociología histórica, observando una a una las figuras de nuestra literatura en averiguación de unos caracteres constantes y uniformes. Verdad es que López Prudencio era antes que nada crítico literario y no excedió a los temas de la literatura, sin penetrar nunca en los campos de la filosofía o de la historia del pensamiento político; verdad es también que en los propios perfiles que esboza se le escapan atisbos indudablemente característicos de nuestras gentes. Pero aun así, sin aceptar del todo sus conclusiones, los que ahora llegamos a la vida en el devenir secular de nuestro pueblo, contemplamos en José López Prudencio al descubridor de la genialidad de Extremadura, al primero que se dió a averiguar qué sea lo extremeño.

Ni más que eso, pero tampoco menos que eso. Lo que fué la lírica de Eduardo Pondal para el mudo hablar de los dólmenes y de las brétemas de la gente celta de Galicia; lo que fué el *Canigó* para la raiz pirenaica de los catalanes; lo que fué el heroísmo carlista para

la continuidad histórica de Euskalerrria; eso fué para Extremadura la labor literaria de José López Prudencio.

Las primeras páginas de *El genio literario de Extremadura* entraña en sí todo un programa, que nosotros, los nuevos, queremos decididamente llevar a realización. Voy a leerlo, a fin de que esta noche la impalpable evocación de su nombre nos caldeé en el fuego de sus palabras mismas.

Arranca de su gusto de lector, pero salta desde la estética a la filosofía de la historia. Dícenos cómo en sus lecturas llegó a observar la existencia de unos caracteres que se repiten en los varios escritores extremeños. Y que no son el enfoque de una serie de discípulos, por virtud de haber seguido las directrices marcadas por el maestro más señero de la localidad, sino algo que se halla afincado en las entrañas de las almas de los escritores. No es coincidencia en la unidad de gustos literarios, que eso se quedaría dentro de los cánones de una Preceptiva o no pasaría afuera de las enumeraciones de un manual de historia de la literatura; empero trátase de algo mucho más hondo, mucho más fecundo, mucho más real, mucho más nuestro: de la unidad de temperos humanos que late por debajo de la variedad de los géneros cultivados y de los gustos de escuela, en los escritores de

la patria nuestra. Leve matiz tal vez al primer vuelo; pero que en realidad trae consigo el tránsito desde la historia de la literatura hasta la filosofía de la historia a que antes me referí.

«Pero lo que yo he observado en los literatos extremeños no se parece a nada de esto—nos dice—. No se trata de una escuela a cuyos preceptos se ajusten todos los que se dedican a manejar la pluma; ni se trata tampoco de un sistemático modo de hacer, crear o decir común a todos, por haberse aprendido en el mismo sitio, o por haber comunidad de tendencias, de aficiones, de ideales, entre los que lo manifiestan tener. Todo lo contrario. Extremadura no tuvo jamás escuela literaria determinada. Tuvo, sí, preceptistas como el Brocense, como Arias Montano, como Naharro, en su género; pero ninguno de ellos dió leyes a una escuela literaria extremeña; y en cambio los literatos de Extremadura nutren las más diversas escuelas, según los clasificadores de la historia literaria» (9).

Y proseguía, explanando su tesis del aspecto literario de la personificación tradicional de Extremadura: «Sin embargo, hay entre todos ellos, sin ponerse de acuerdo, sin conocerse a veces, con frecuencia combatiéndose, tantas coincidencias de índole, de aficiones,

(9) «El genio literario de Extremadura», 6-7.

de tendencias y hasta de preferencias de aptitudes, que denuncian, a mi entender, una personalidad literaria más honda, más firme y real, que las confeccionadas a favor de unos preceptos fijos y preconcebidos, a los que todos se ajustan voluntaria e intencionadamente. La semejanza, la casi identidad de temperamentos que, en sus asperezas esquinosas, violencias irónicas, desapacibles intemperancias y arrogantes gallardías, se observan en personalidades tan recias como el Brocense, Naharro, Huerta, Forner, Gallardo, Pérez de Mesa, Díaz Tanco y Diego Sánchez, tan diversos en tiempo, en medio educativo, en aficiones literarias, ¿no denuncia esta verdad?» (10).

He alargado las citas en méritos a demostrar aquella mi afirmación primera un tanto chocante, de que el tema central del pensamiento de José López Prudencio consistió en averiguar las raíces de la Tradición extremeña, esto es, en delimitar los rasgos que restan del curso de los hechos y que han plasmado en la personalidad de nuestro pueblo. Le hemos visto comenzar deleitándose en la consideración casi romántica de las cosas idas y en restituir al ayer su virtualidad presente, para pasar enseguida a fijar la continuidad secular de nuestras maneras populares, observadas a

(10) «El genio literario de Extremadura», 7.

través de la historia literaria que era su propio campo de trabajo.

No habían procedido de manera distinta los teóricos de la Tradición española. Casi me atrevería a decir que José López Prudencio señala la cima del pensamiento tradicional entre nosotros. Porque ese aislamiento de las proyecciones vivas del pasado en nuestra temática presente, ¿no es definir en resúmidas cuentas nuestra peculiaridad tradicional, arrancando a los sepulcros la realidad de nuestra esencia histórica? Cotéjese lo que José López Prudencio opinó e hizo y se verán asombrosas coincidencias. ¿Qué diferencia existe entre el quehacer teórico de nuestro insigne paisano y la afirmación de Enrique Gil y Robles de que «la tradición es la continuidad misma de la vida humana»? (11). Al buscar los elementos del pasado que hacia el futuro se proyectan, ¿no daba la razón a la opinión de Vázquez de Mella de que la tradición, pasado vivo, es condición inexcusable del progreso, pasado y presente que han de vivir mañana? (12). Y aquellas palabras que antes leí sacadas del *Libro de horas anónimas*, ¿no vienen a coincidir casi a la letra con

(11) Enrique Gil Robles: «Tratado de Derecho político según los principios de la filosofía y del Derecho cristiano», Salamanca, Imprenta Salmanticense, I (1899), 219.

(12) Juan Vázquez Mella: «La iglesia independiente del estado ateo». Discurso pronunciado en el Teatro de Santiago el día 29 de Julio de 1902. En Obras, V (Madrid, 1931), 70.

la definición de Víctor Pradera de que «tradicción no es todo lo pasado», sino aquel «pasado que sobrevive y tiene virtud para hacerse futuro»? (13).

La catalogación de José López Prudencio como descubridor de nuestra alma regional bastará para el pedestal de su grandeza. Que coincida con los teóricos eximios del Tradicionalismo hispano, sírvenos para su calificación definitiva. ¿O es que acaso quien con máxima autoridad que nadie podrá discutirle entre cuantos se ocupen de temas prudencianos, Enrique Segura, no nos ha dicho que sus ideales empujaban hacia los campos nórdicos de don Carlos? (14).

La obra de José López Prudencio a nuestros ojos de recién llegados, por fueros de la edad, al panorama espiritual de Extremadura, es la del precursor que abrió los horizontes. De él aprendimos para siempre la personificación nuestra como algo distinto de lo castellano y de lo andaluz (15); en sus libros encontramos las reglas para definir qué autor pueda o no ser considerado como nuestro (16); por él sentimos nuestros a Gregorio Silvestre y a Pedro de Valencia, a García de la Huerta y a Forner, al paso que eliminamos de nuestra cercanía a

(13) Víctor Pradera: «El Estado nuevo», 2.^a Edición, Burgos, Editorial Cultura Española, 1937. Pág. 33.

(14) Enrique Segura: «In memoriam», 8.

(15) «El genio literario de Extremadura», 8.

(16) «Notas literarias de Extremadura», 12-13.

Garcilaso y a Jorge Manrique, a Quintana y a Ricardo León; leyéndole aprendemos a considerar parte esencial del alma extremeña la ecuanimidad inflexible de Pedro de Valencia (17), el heroísmo arriesgado de Luisa de Carvajal (18), la sequedad resignada de Catalina Clara Ramírez de Guzmán (19), la austeridad de Francisco Gregorio Salas (20), las maneras traductorias de Francisco Patricio Berguizas (21), las novedades estéticas de Meléndez Valdés (22), las esquinas díscolas de Vicente García de la Huerta (23), el espíritu agresivo de Juan Pablo Forner (24), la acometividad polémica de Bartolomé José Gallardo (25), la inquietud misteriosa que el romanticismo cobra en los versos de Carolina Coronado (26), los bríos satirizadores de Diego Sánchez de Badajoz (27), la independencia de carácter de Torres Naharro (28), la originalidad subterránea de Michael de Carvajal (29), la audacia innovadora con que Luis Miranda acude al

(17) «Notas literarias de Extremadura», 71-72.

(18) «Notas literarias de Extremadura», 99-108.

(19) «Notas literarias de Extremadura», 119-129.

(20) «Notas literarias de Extremadura», 143-144.

(21) «Notas literarias de Extremadura», 154.

(22) «Notas literarias de Extremadura», 159.

(23) «Notas literarias de Extremadura», 163.

(24) «Notas literarias de Extremadura», 199.

(25) «Notas literarias de Extremadura», 220.

(26) «Notas literarias de Extremadura», 244-245.

(27) José López Prudencio: «Diego Sánchez de Badajoz, estudio crítico, biográfico y bibliográfico. Memoria premiada con accésit en el concurso público de 1910 a 1912 por la Real Academia Española e impresa a sus expensas». Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, 1915. Páginas 88-89.

(28) «El genio literario de Extremadura», 16.

(29) «El genio literario de Extremadura», 66-67.

Evangelio para hacer un drama de la índole de la *Comedia Pródiga* (30), la acerbidad truculenta que campea en la *Cabrina* de Romero Cepeda (31), el ascetismo sincero y ardiente de San Pedro de Alcántara (32), la ruda adoctrinación sin eufemismos con que censura las costumbres fray Tomás de Trujillo en su *Reprobación de trajes* (33), la elocuencia avasalladora del Marqués de Valdegamas (34)... En cualquiera de las páginas de los libros de nuestros hombres fundamentales, José López Prudencio puso la gracia de una orla y el sello de una definición extremeña.

Ya véis si es grande su legado. Por siempre lo recordaremos, y por siempre lo recordarán nuestros hijos, y los hijos de nuestros hijos. Mientras sobre estas tierras soleadas siga brillando el sol cada mañana, saludaremos su nombre, escrito en el lucero de la aurora. Y mientras siga bordando ponientes el ocaso en aquella gama que al morir el día embebía su contemplación diaria, en el rayo postrero leeremos los signos de su testamento espiritual.

No será ya posible escribir la historia de nuestro pueblo prescindiendo del varón que la dió sentido y la trazó seguras directrices.

(30) «El genio literario de Extremadura», 101 y 173.

(31) «El genio literario de Extremadura», 161.

(32) «El genio literario de Extremadura», 177 y 179.

(33) «El genio literario de Extremadura», 210.

(34) «El genio literario de Extremadura», 185.

No será ya posible sentirse extremeño sin leer en sus obras la primera definición cabal de Extremadura. No será ya posible insertar nuestro quehacer en el quehacer universal de las Españas sin tener presente que López Prudencio nos enseñó nuestra razón de ser españoles cuando nos definió nuestra esencia de extremeños.

Porque San Agustín dió formas a lo cristiano cuando dijo: *Noli ire; in te ipsum redi; in interiore hominis habitat veritas*. Y Angel Ganivet aleteó de esperanzas nuestra crisis trágica del 98 cuando dijo en el *Idearium español*: *Noli foras ire; in interiore Hispaniae habitat veritas*. Y José López Prudencio nos dió la trama de nuestra alma extremeña y española cuando en la suma ingente de sus libros vino a predicarnos: *Noli foras ire; in interiore Extremaduræ habitat veritas*.

Y la verdad, como en el *Evangelio*, nos hará libres. Y en esta verdad nos liberaremos de la carga de ser europeos. Y en esta verdad tomaremos partido de Castilla en la pugna Castilla-Europa que hace cuatro siglos viene presidiendo el drama de todos los pueblos españoles. Y al tomar partido por Castilla volveremos, como en los días áureos del XVI, a andar los caminos de universalidad que trillaron las plantas heroicas de nuestros

abuelos de la Conquista y de la Contrarreforma.

III

Un día, va ya para un año, un grupo de extremeños nos congregamos en una de las aulas de la Universidad Mayor de las Españas y decidimos consagrar nuestros esfuerzos al análisis de nuestro pueblo. Todo el curso trabajamos en el empeño y a la postre aportamos diversas conclusiones. He aquí las mías acerca de qué sea Extremadura (35).

Creo yo que en nuestra historia hay cuatro momentos a considerar, los que son las cuatro etapas cardinales en la fijación de lo extremeño: la de Tartesos y Roma, la de la época de la Reconquista, la de los tiempos modernos y la que ahora ya comienza.

En el primer escalón histórico, allá por la época prerromana, el actual suelo extremeño constituye el límite noroccidental de la influencia tartésica, puente entre la civilización meridional y los pueblos más rudos del centro de la meseta. Es cuando nace aquí un tipo humano que, ni es tan rudo como los lindantes celtiberos y lusitanos, ni tan sujeto a la

(35) Francisco Elías de Tejada: «Lo extremeño en la filosofía y en el arte». En «El concepto de lo extremeño». (Resúmenes de estudios durante el curso 1948-1949). Salamanca, Imprenta Comercial Salmantina, 1949. Páginas 22-23.

relativa molicie de Tartesos; ni tan encerrado en la tribu, como los más bárbaros del norte, ni tan libre de cadenas como los incipientes núcleos urbanos de la actual Andalucía. Dáse ya entonces ese rudo individualismo que es constante característica de la gente extremeña: rudo por influjos del norte, individualismo por reflejos del sur.

En el segundo tramo, referible a los siglos medios, las actuales provincias de Badajoz y de Cáceres son conquistas del reino leonés en los lindes de la Bética; por lo cual constituyen el término medio entre el estilo leonés (cada vez, siglo a siglo, más castellanizado) del vivir, y las maneras andaluzas. Para comprender el contraste entre el aristocratismo leonés y el igualitarismo castellano, basta cotejar el sello sencillo de las villas manchegas con la fisonomía jerarquizada de las viejas ciudades que los leoneses conquistaran y poblaran: Cáceres, Alcántara, Plasencia, Coria, Trujillo, Llerena, Fregenal, Mérida. A cuyo sentido aristocratizante, herencia del medievo, atribuía yo entre otras cosas: en lo económico, la persistencia del latifundio; y en lo bélico, el espíritu de los conquistadores, hidalgo por lo que tenía de leonés e individualista por lo que tenía de andaluz.

En el tercer período histórico, ya desde el comienzo de la edad moderna, Extremadura

queda en la cuneta del camino de las Españas, cuando sus gentes aparecen encerradas en el corazón de la península, faltas de vías de comunicación, carentes de desenvolvimientos industriales y huérfanas de centros de alta cultura. Es cuando florece el caciquismo, viene a ser la cenicienta nacional, nace el tipo del señorito abrutado y generoso, tan inculto cuanto honrado y rico, pasa lo extremo a ser proverbial ejemplo de retraso social y caen ambas provincias en una modorra sin mañana.

Contra esa modorra nos erguimos ahora. Y no sólo por coyuntura azarosa de los hados, sino porque la rueda de la Fortuna se ha parado en nuestro número. Después de haber corrido detrás de los fastos de la técnica, la humanidad se siente desbordada por el progreso material. Aquel afán de saberes materiales y aquel deseo de dominar a la naturaleza, ha dado al hombre armas destructoras que no puede retener en sus manos temblorosas con fallos de moral. La ética no avanzó tanto como la técnica, y si García de Orta se reía en el 1.500 del Aristóteles naturalista, nadie es capaz de repetir los sarcasmos éticos de Erasmo. En un mundo desarbolado y roto, el navío humano se halla a pique por haber seguido los derroteros que le marcó su primer piloto, un fraile agustino alemán que

respondía por Martín Lutero. En la filosofía, la interiorización luterana de la fe dió de sí la fría moral kantiana, el aturdimiento racionalista de Hegel y la desesperación sin asideros de Martín Heidegger. En economía, la fe que justificaba sin necesidad de obras según opinó Lutero, ha engendrado una propiedad que no es medio para la salvación eterna, sino factor de goces terrenales, con sus secuelas del capitalismo individualista de Norteamérica y del capitalismo estatal de Rusia. En política, la predestinación carismática justificó las dictaduras irracionales de un hombre cuya voluntad es ley o el misterio rousseauiano que transforma también carismáticamente a la voluntad general en voluntad de todos.

El mundo marcha a la deriva, bajel sin timón ni gobernalle. Y sólomente podrá ser curado echando mano de la vitalidad heroica de la casta que menos padeció de la contaminación protestante y europea.

Yo, señores, lo he dicho muchas veces en España y fuera de España, siento el orgullo de ser castellano y no europeo, esto es, de haberme colocado bajo las banderas castellanas de la Contrarreforma y de creer que la resolución de la crisis que hoy clava sus garras tristes en una humanidad desarbolada no puede venir sino cuando replanteemos las

cosas en los mismos términos en que la plantearon nuestros abuelos de la era grande, cuando veamos que es el protestantismo origen de todos los presentes males y cuando plantemos frente a unas gentes decaídas a fuerza de técnica el único valor regenerador posible: nuestra radical dureza de españoles.

Y como Extremadura fué, por dichoso azar del destino, el pueblo de las Españas que menos contacto tuvo con Europa; porque es nuestro tempero, gracias a Dios, el mismo brutal y vigoroso que poseían los hombres del siglo XV; porque, a trueque de no ser cultos, somos viriles hasta lo salvaje; por todos los defectos que nos han achacado tantas veces como sonrojos, podemos ser la salvación de un mundo que se muere a chorros de pura técnica sin frenos.

Porque tenemos alma, y un alma violenta e intransigente, estamos en condiciones de decir nuestra palabra nueva. Y por eso, porque tenemos la fe que a Europa falta, la nueva generación extremeña está segura de que ha llegado la hora de desperezar los miembros, de sacudir la modorra secular y de comenzar la cuarta etapa de la historia de nuestro pueblo, alineado otra vez con fervores fanáticos bajo los lábaros de la Castilla madre de las Españas, en la nueva ocasión de

universalidades que abre a nuestros pies el temblor del monstruo europeo que agoniza.

IV

Y aquí encontramos, en esta fe de extremeños universales, la figura de José López Prudencio.

Porque en el capítulo 27 del libro de los Números se cuenta cómo Moisés murió, desde la altura de las montañas, viendo a sus pies la tierra prometida rica en arroyos de leche y miel, sin alcanzar con sus pies el sueño de tantas noches, cargado a costas con la responsabilidad de haber alumbrado a su pueblo los caminos del desierto. Atrás quedaban las horas duras de la rebeldía y el celo santo contra el becerro de oro, y adelante las huestes de Dios que casi escuchaban el sonido de las trompetas batiendo los muros de Jericó entre los estertores amargos del primer profeta.

Y este José López Prudencio que vosotros visteis, menudo y parlachín, afable y docto, vino a morir también dejando atrás la obra de haber alumbrado los caminos de su pueblo, cuando la gente extremeña recorría los arenales secos de la monótona decadencia del siglo XIX. Y vino a morir también cuando ya nosotros, las huestes que escucharon

su palabra, al par de sus amarguras postre-
ras y de sus agónicos estertores, escuchába-
mos sus voces impresas como si sus libros
fueran las trompetas que abatían las murallas
del Jericó de nuestra europeización, retum-
bando bajo los encinares patrios de las dehe-
sas en el nombre del Dios de nuestros pa-
dres.

Y nada más.

INDICE

	<u>Páginas</u>
PRÓLOGO.....	7
I. MICAEL DE CARVAJAL.....	13
1. La Extremadura del Renacimiento.....	17
2. Orígenes extremeños del teatro español..	21
3. Carlos de Gante, rey de Extremadura....	24
4. Micael de Carvajal.....	25
5. Extremeño y antiluterano.....	27
6. Moralismo católico de sinceridad extremeña	32
7. Filosofía apasionada de la historia	35
8. El tema de la hidalguía.....	37
9. Un sediento de inmortalidad	41
10. Otra vez la Atenas extremeña.....	43
II. JOSÉ CASCALES MUÑOZ	45
1. El personaje y las obras.....	47
2. Contenido de su Sociología	55
3. Filosofía de la crisis liberal.....	60
4. La negación socialista del liberalismo.....	63
5. La negación tradicionalista del liberalismo.	67
6. La solución: un gremialismo apolítico.....	71
7. Juicio crítico.....	73
III. JOSÉ LÓPEZ PRUDENCIO.....	77
1. Su circunstancia extremeña y su influjo en el actual renacer del extremeñismo.....	79
2. La formación de la tradición extremeña, tema central de su obra literaria.....	84
3. Las cuatro etapas cardinales en la fijación de lo extremeño	98

A
CABÓSE DE
IMPRIMIR ESTE OCTAVO
VOLUMEN DE LA «COLECCIÓN DE
ESTUDIOS EXTREMEÑOS» EN LOS TALLE-
RES DE LA IMPRENTA PROVINCIAL DE CÁCE-
RES, A LOS VEINTICINCO DIAS DEL MES
DE JULIO, AÑO DE MCML, FESTIVI-
DAD DEL APÓSTOL SANTIAGO,
PATRÓN DE ESPA-
ÑA

OTRAS PUBLICACIONES DEL AUTOR

1. «Notas para una teoría del estado según nuestros autores clásicos». *Sevilla, 1937.*
2. «Sobre derecho social». En «Notas al Fuero del Trabajo». *Cádiz, Cerón, 1938.*
3. «Gerónimo Castillo de Bovadilla». *Madrid, Suárez, 1939.*
4. «Las ideas políticas de Angel Ganivet». *Madrid, Suárez, 1939.*
5. «Para interpretar a Angel Ganivet». En «Ensayos y estudios». *Berlín, 1940.*
6. «Acerca de una posible historia del pensamiento político español». *Madrid, Reus, 1941.*
7. «Monarquía y caudillaje. En torno a dos textos clásicos olvidados». *Madrid, Revista de la Facultad de Derecho, 1941.*
8. «Introducción al estudio de la ontología jurídica». *Madrid, Suárez, 1942.*
9. «La causa diferenciadora de las comunidades políticas (tradicón, nación e imperio)». *Madrid, Reus, 1943.*
10. «Las doctrinas políticas en Portugal (edad media)». *Madrid, Escelicer, 1943.*
11. «El Racismo. Breve historia de sus doctrinas». *Madrid, Pace, 1944.*
12. «Para una nueva perspectiva del pensamiento político de Donoso Cortés». *Madrid, Revista de la Facultad de Derecho, 1944.*
13. «Tres libros del profesor Paul Georgescu, de la Universidad de Bucarest». *Madrid, Reus, 1944.*
14. «Las doctrinas políticas del Príncipe de Viana». *Madrid, Reus, 1944.*
15. «El hegelismo jurídico español». *Madrid, Editorial Revista Derecho Privado, 1944.*
16. «La tradición gallega». *Madrid, Cultura Española, 1944.*
17. «O Racismo». *Lisboa, Pro Domo, 1945.*
18. «El papel de Roger de Waltham en la historia del pensamiento constitucional inglés». *Madrid, Las Ciencias, 1945.*

19. «Navarra-España en los escritores navarros medievales». *Pamplona, Príncipe de Viana, 1945.*
20. «As idéias políticas de Gil Vicente». *Lisboa, Pro Domo, 1945.*
21. «A sátira política em Portugal durante o século XV». *Lisboa, Pro Domo. 1945.*
22. «Las doctrinas políticas de Gerónimo Osorio». *Madrid, Anuario de Historia del derecho español, 1945.*
23. «Diego López Rebelo, nuestro más antiguo tratadista de derecho político». *Madrid, 1946.*
24. «Las doctrinas políticas en la baja edad media inglesa (seis estudios)». *Madrid, 1946.*
25. «Historia de la filosofía del derecho y del estado». *Cuadernos I y II. Madrid, Ambos Mundos, 1946.*
26. «La literatura jurídica sueca». *Madrid, Revista de derecho privado, 1947.*
27. «Ideología e utopía no Livro da Virtuosa Bemfeitoria». *Braga, Revista Portuguesa de Filosofia, 1947.*
28. «Las Españas». *Madrid, Ambos Mundos, 1948.*
29. «El pensamiento político de Aparisi y Guijarro». *Madrid, Revista de la Facultad de Derecho, 1948.*
30. «Las doctrinas políticas de los juristas catalanes medievales». *Madrid, Reus, 1948.*
31. «Un precursor de Maquiavelo: el realismo renacentista del Cardenal Gerundense». *Madrid, Las Ciencias, 1948.*
32. «Ética, política y derecho en Juan de Salisbury». En «Ensayos hispano-ingleses. Homenaje a Walter Starke». *Barcelona, Janés, 1948.*
33. «A filosofia do direito de Julius Binder (Balanço crítico)». *Lisboa, Boletim do Ministério da Justiça, 1948.*
34. «Las doctrinas políticas de Bachya ben-Josef ibn Paquda». *Madrid, Sefarad, 1948.*
35. «Suárez y el pensamiento inglés contemporáneo». *Salamanca, Universidad, 1948.*
36. «Leyendo un libro portugués». *Guimarães, Gil Vicente, 1949.*
37. «Doutrinas políticas de Samuel Usque». *Braga, Revista portuguesa de filosofia, 1949.*
38. «Trayectoria del pensamiento político colombiano». *Madrid, Información Jurídica, 1949.*
39. «El concepto de lo extremeño en la literatura y en

el arte». En «El concepto de lo extremeño». *Salamanca, Universidad, 1949.*

40. «El pensamiento político mallorquín medieval». *Palma de Mallorca, Marioricensi Schola Lullistica, 1949.*

41. «La filosofía del derecho en la España actual». *Madrid, Reus, 1949.*

42. «Las doctrinas políticas de Eugenio M.^a de Hostos». *Madrid, Cultura Hispánica, 1949.*

43. «Para una interpretación extremeña de Donoso Cortés». *Cáceres, 1949.*

44. «Balms y la tradición política catalana». *Madrid, 1949.*

45. «Consecuencias del Protestantismo». *Salamanca, 1949.*

46. «La filosofía del derecho y del estado en Rumanía». *Salamanca, Asociación Cultural Hispano-Rumana, 1949.*

47. «Si es posible una filosofía jurídica existencialista acristiana». *Salamanca, 1950.*

48. «Panorama della filosofia del diritto nella Spagna attuale». *Siena, Circolo giuridico dell'Università, 1950.*

49. «Echi esistenzialisti nella filosofia del diritto della Spagna attuale». *Milano, Rivista internazionale de filosofia del diritto, 1950.*

50. «José Cascales Muñoz, sociólogo extremeño del 98». *Madrid, Revista de la Facultad de Derecho, 1950.*

51. «La lección política de Navarra». *São Paulo, Reconquista, 1950.*

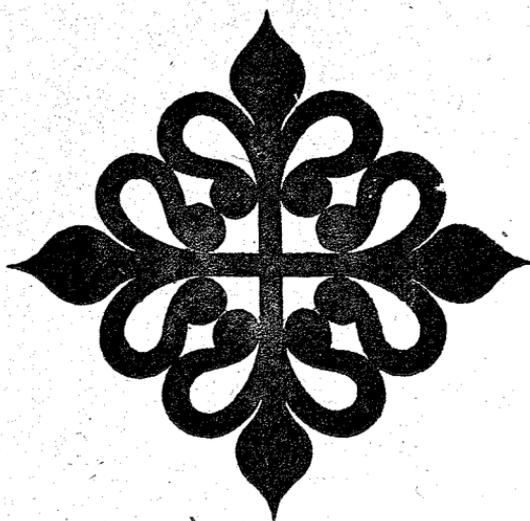
52. «Doce nudos culturales hispano-suecos». *Salamanca, 1950.*

COLECCIÓN DE ESTUDIOS EXTREMEÑOS

VOLÚMENES PUBLICADOS

1. MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO: *Don Gutierre de Sotomayor, Maestro de Alcántara (1400-1453)*.
2. MIGUEL A. ORTI BELMONTE: *La vida en Cáceres en los Siglos XIII y XVI al XVIII*.
3. ALFONSO ALBALÁ CORTIJO: *Desde la lejanía (poemas)*.
- 4 y 5. MIGUEL A. ORTI BELMONTE: *Historia del culto y Santuario de Nuestra Señora de la Montaña, Patrona de Cáceres*.
6. FRANCISCO ELÍAS DE TEJADA: *Para una interpretación extremeña de Donoso Cortés*.
7. JOSÉ LUIS COTALLO: *Extremadura y el franciscanismo en el siglo XVI*.
8. FRANCISCO ELÍAS DE TEJADA: *Tres escritores extremeños (Micael de Carvajal, José Cascales Muñoz, José López Prudencio)*.

De la Patria Extremadura 7



Precio: SIETE pts.